Copyright Notice

Secretos Del Ala Medica

[blime/among|us one shots]

By Bleed_gore

©

Ex Libris Sapientiae

2026 by Bleed_gore. All Rights Reserved.

No reuse, redistribution, or modification without permission.

Printing: Not allowed without explicit permission.

ID: 412638241. View this Book Online

Table of Contents

1. . 5

2. .. 33

3. What If 71

4. Mini Cómic Pt 1 99

5. Mini Cómic Pt 2 107

Chapter 1

•

«Síndrome de huesos blandos»

ADVERTENCIA: NSFW

(La historia no sigue del todo el canon de la serie)

La luz del ala médica en The Skeld era diferente a la del resto de la nave. Mientras los pasillos zumbaban con una iluminación blanca, gélida y funcional, las pantallas de monitoreo biológico proyectaban aquí un resplandor azulado y tenue, casi íntimo, que suavizaba los bordes metálicos y estériles de las camillas.

Lima estaba recostado boca abajo sobre una de las superficies acolchadas. Se había quitado la pesada mochila de soporte vital, y la parte superior de su traje verde claro estaba bajada hasta la cintura, ceñida a sus caderas. Su espalda quedaba totalmente al descubierto bajo la luz cenital: una extensión de piel pálida donde la línea de la columna no era rígida, sino una curva suave, casi fluida, que revelaba el síndrome de hueso blando que padecía. Sus músculos lumbares estaban tensos, contraídos en un intento desesperado por sostener lo que su esqueleto no podía.

Dejó escapar un suspiro entrecortado, hundiendo el rostro entre sus brazos. Cada latido de la gravedad artificial de la nave se sentía como un peso físico que oprimía su pelvis.

Un siseo neumático anunció la apertura de la puerta. Lima tensó la espalda al instante, un reflejo condicionado por la desconfianza que siempre flotaba entre la tripulación.

Azul entró en el laboratorio. Su cabello estaba ligeramente revuelto, y sus ojos recorrieron la

habitación hasta detenerse en la figura vulnerable sobre la camilla. Había una gracia natural en sus movimientos, una seguridad que siempre hacía que el corazón de Lima diera un vuelco, aunque en ese momento el dolor apagaba cualquier otra sensación.

-Sabía que te encontraría aquí -dijo Azul, con una voz baja y suave, libre ya de la estática del intercomunicador. Se acercó despacio y dejó una pequeña bandeja metálica sobre la mesa auxiliar-. Te vi salir de la cafetería arrastrando los pies. ¿Otra vez la compresión lumbar?

-Estoy bien... -mintió Lima, aunque un espasmo repentino en la zona sacra lo obligó a hundir los dedos en el cojín de la camilla-. Solo... necesito descansar un ciclo. Se me pasará solo.

Azul se inclinó sobre él, apoyando una mano en el borde de la camilla. Su cercanía transformó el aire estéril del lugar, trayendo consigo un aroma cálido y limpio. Tomó un pequeño frasco de la bandeja; contenía un analgésico sintético de amplio espectro.

-Toma esto. Te ayudará a relajar los tejidos antes de que se inflamen más.

Lima giró levemente la cabeza, clavando la mirada en el frasco con profunda desconfianza. En una nave donde cualquiera podía alterar los suministros, ingerir algo que entorpeciera sus sentidos era un riesgo que su mente no estaba dispuesta a correr.

-No. No voy a tomar nada que altere mis reflejos, Azul. Ya lo sabes. No insistas.

Azul observó el frasco y luego desvió la mirada hacia la línea temblorosa de la espalda de Lima. Entendía esa desconfianza; todos la compartían en mayor o menor medida, pero ver a Lima consumirse en un dolor que podía evitarse le resultaba insoportable. Guardó el medicamento en el bolsillo de su traje color cobalto y esbozó una sonrisa suave, casi felina.

-De acuerdo. Nada de químicos, nada de pastillas. Mantendrás tu control intacto. Pero no pienso dejarte ahí tirado sufriendo hasta el próximo turno. Hay otras formas de calmar el sistema nervioso. Métodos más... directos.

Antes de que Lima pudiera responder, Azul vertió unas gotas de un aceite esencial -una mezcla de menta y lavanda que Blanco había llevado a la nave-

en sus palmas. Las frotó con calma, calentando el producto con el calor de su propia piel.

Se colocó a un costado de la camilla. Sus manos, grandes, firmes y cálidas, descendieron con lentitud deliberada sobre la parte superior de la espalda de Lima, justo debajo de los omóplatos.

Lima soltó un jadeo ahogado al primer contacto. El contraste entre la calidez de las manos de Azul y su propia piel fría provocó un escalofrío que le recorrió toda la longitud de su columna blanda. Intentó apartarse por reflejo, pero la presión de Azul era constante y firme: una fuerza que no buscaba hacer daño, sino anclarlo.

-Relájate... -susurró Azul, inclinándose hasta que su aliento rozó la oreja de Lima-. Si te pones tenso, tus músculos seguirán aplastando el cartílago. Confía en mis manos. Solo fíjate en mí.

Los pulgares de Azul comenzaron a trazar círculos profundos a ambos lados de la columna. Conocía bien la anatomía de su compañero: sabía que no podía aplicar la presión que se usaría con un esqueleto rígido, por lo que recurría a movimientos

suaves y continuos, moldeando esa carne blanda con una delicadeza que rozaba lo íntimo. Allí donde sus dedos tocaban, la tensión acumulada se disolvía como cera al fuego.

Un gemido bajo, esta vez libre de dolor, escapó de los labios de Lima. Sus hombros se relajaron por fin, dejando que su pecho descansara por completo sobre la camilla. La sensación del aceite deslizándose por su piel y el contacto constante de las manos de Azul generaban un calor interno que nunca antes había experimentado.

Azul fue bajando la presión hacia la zona lumbar, el punto donde el síndrome se manifestaba con más intensidad. Sabía que los centros nerviosos y reproductivos más sensibles de su especie se concentraban en esa zona baja de la espalda, por lo que redujo el ritmo. Sus dedos recorrieron con suavidad las marcas de color carmín que dejaba la hinchazón en la piel, ya no presionando, sino acariciando con una calma que resultaba dulcemente intensa.

El estímulo en esa zona tan sensible envió una sensación cálida y profunda directamente hacia la pelvis de Lima. Sus caderas se elevaron levemente de forma involuntaria, buscando prolongar ese contacto que combinaba el alivio físico con una tensión claramente placentera. Su respiración se volvió más rápida y agitada.

-Azul... esto... no se siente como un tratamiento médico -jadeó, con las mejillas teñidas de un rojo intenso y la mente nublada por una sensación nueva y embriagadora.

-Te dije que era otro método -respondió Azul con una voz que denotaba satisfacción y cercanía. Se inclinó más sobre la camilla, colocando sus piernas a ambos lados de las de Lima sin llegar a aplastarlo, pero asegurando una proximidad absoluta.

Sus manos continuaron recorriendo su cuerpo, bajando por los costados de la cintura y rodeando sus caderas flexibles, que cedían con una docilidad agradable ante cada caricia. El calor corporal de Azul, sumado al deslizamiento del aceite, creó una atmósfera densa y envolvente dentro del ala médica.

Las pantallas de monitoreo a sus espaldas registraron un aumento notable en el ritmo cardíaco de Lima, pero esta vez los indicadores no señalaban peligro, sino excitación pura.

Azul se inclinó por completo y fue dejando besos lentos y húmedos a lo largo de toda la columna, siguiendo cada curva de sus vértebras flexibles hasta llegar a la base de la nuca.

-¿Sientes cómo cede el dolor? -susurró contra su piel, mientras sus manos apretaban con suavidad pero firmeza sus caderas, estabilizando su pelvis en una postura cómoda-. Tu cuerpo responde mucho mejor cuando dejas de resistirte.

Lima no respondió con palabras; solo pudo soltar un suspiro profundo y tembloroso, entregándose por completo al ritmo de esas manos que aliviaban su malestar y despertaban sensaciones nuevas. En medio de la desconfianza y el peligro constante que reinaba en la nave, el ala médica se había convertido en su único refugio seguro, y el contacto de Azul, en el único sostén firme que su cuerpo necesitaba.

El silencio en el ala médica ya no era frío ni estéril; se había vuelto denso, tibio, cargado de una tensión que no dolía, sino que hormigueaba bajo la piel. Azul mantuvo sus labios apoyados en la base de la nuca de Lima un instante más, como si quisiera grabar en su propia memoria cada curva que recorría. Sus manos, antes concentradas solo en aliviar, comenzaron a moverse con una cadencia más lenta, más exploradora.

-Sabes -murmuró Azul, deslizando las yemas de los dedos por la línea baja de su espalda, justo donde la piel se volvía más suave y sensible-, nuestra especie tiene una particularidad que la mayoría prefiere olvidar cuando solo hablamos de reparaciones o turnos de guardia. Todo lo que nos hace funcionar, todo lo que nos permite conectar realmente con otro, está aquí atrás.

Lima contuvo el aliento. Ya lo sabía, por supuesto; en los manuales de biología de la nave se explicaba claramente que, a diferencia de otras formas de vida, sus centros reproductivos y los puntos de mayor sensibilidad se concentraban en la parte dorsal,

protegidos por la estructura del traje y por la propia postura del cuerpo. Pero escucharlo de la boca de Azul, mientras sus dedos trazaban círculos lentos justo sobre esa zona, hizo que el calor que sentía se extendiera más profundo.

-Es la única parte del cuerpo que no podemos cubrir del todo sin perdernos algo -continuó Azul, con un tono casi juguetón, rozando apenas los bordes de las marcas de color carmín que dejaba la hinchazón-. Por eso te cuesta tanto cuando el traje aprieta: no solo te comprime el cartílago, también presiona justo donde más sientes. Donde tu cuerpo pide ser cuidado, no soportado.

Sus dedos se deslizaron un poco más hacia el centro, con una delicadeza que parecía acariciar cada terminación nerviosa sin llegar a invadir nada. Lima arqueó levemente la espalda, como buscando ese contacto, sin poder evitarlo. El dolor había quedado muy atrás, reemplazado por una sensación cálida, envolvente, que le hacía sentir que su cuerpo, tan débil y maleable, podía ser algo deseable y no solo un defecto de fábrica.

-Si la naturaleza nos colocó todo esto aquí -dijo Azul, acercando sus labios a la altura de la cintura, sin llegar a tocar, solo dejando que su aliento tibio recorriera la piel-, es porque esta zona está hecha para recibir, para adaptarse, para unirse sin necesidad de fuerza. Tu espalda es blanda, sí... pero eso no es un error. Es exactamente lo que permite que encaje perfectamente con alguien que tenga la estructura firme para sostenerte.

Una sonrisa traviesa se dibujó en su voz mientras presionaba con suavidad, como si probara hasta dónde podía ceder sin causar daño. Lima soltó un suspiro largo y trémulo, hundiendo más el rostro entre los brazos, sintiendo cómo su propio cuerpo respondía a cada estímulo: la zona dorsal se llenaba de calor, como si despertara algo que siempre había estado oculto bajo el traje y el dolor.

-Ves -añadió Azul, bajando un poco más la cadencia de sus manos, con un tono que mezclaba confianza y coquetería-, no necesitas huesos duros para sentirte entero. Basta con que te dejes llevar, que confíes en quien sabe cómo tratar lo que llevas aquí. Y créeme...

me encanta descubrir hasta dónde llega tu sensibilidad. Cada curva, cada respiración que se te corta, me dice que estás sintiendo exactamente lo que yo quiero darte.

Sus dedos se detuvieron justo en el punto medio de la zona lumbar, donde la piel se abultaba más suavemente. Allí, bajo la superficie, se encontraba el orificio y los conductos que permitían la unión entre dos individuos de su especie: una cavidad elástica, diseñada para adaptarse a cualquier forma, para recibir sin resistencia. Azul solo lo rozó con la punta de los dedos, una caricia breve pero intensa, que hizo que Lima se estremeciera de pies a cabeza.

-Todo está aquí, Lima -susurró casi en un murmullo, como si compartiera un secreto prohibido-. Todo lo que necesitas para sentirte completo, para dejar de ser solo un tripulante con una dolencia y empezar a ser alguien que recibe todo lo que se merece. Y hoy, yo me encargo de que lo sientas bien.

Lima no podía hablar; las palabras se le quedaban atrapadas en la garganta, reemplazadas por una sensación que recorría todo su cuerpo desde la

espalda hasta la punta de los dedos. Por primera vez, su condición no le parecía algo vergonzoso, sino algo que hacía que cada contacto fuera más intenso, más cercano, más único.

Azul se inclinó una vez más, dejando un beso suave justo sobre ese punto sensible, y luego apoyó la mejilla contra la piel caliente de su espalda, en un gesto de cercanía que era tanto protección como invitación.

-Descansa un poco más -le dijo con voz suave y divertida-. Ya verás que después de esto, no solo te dolerá menos... también te preguntarás por qué tardamos tanto en descubrir lo bien que nos sentimos así.

El calor que se había ido acumulando bajo la piel de Lima ya no era solo una sensación de alivio o relajación; se había transformado en algo vivo, denso y creciente, que nacía justo en el centro de su espalda baja y se extendía en oleadas hacia arriba, recorriendo cada vértebra flexible, descendiendo por sus caderas y hasta llenando sus extremidades de un hormigueo constante y placentero. Allí, donde la

estructura de cartílago no ofrecía rigidez sino una suavidad moldeable, se concentraba todo lo que definía la intimidad y la reproducción de su especie: una zona oculta bajo pliegues de piel elástica, protegida por el traje y por la propia postura del cuerpo, donde se reunían los centros nerviosos más sensibles, los conductos de conexión y la cavidad receptora diseñada para adaptarse, acoger y unir.

Azul conocía cada milímetro de esa anatomía, no solo por sus estudios, sino por la forma en que su propia naturaleza le permitía comprender lo que su compañero necesitaba. Retiró sus manos un instante solo para ajustar su postura, deslizándose más cerca hasta que todo el largo de su cuerpo firme y sólido quedó pegado a la espalda de Lima, de modo que la línea de su propia columna rígida y bien formada se alineara perfectamente con la curva suave y ondulada de la de él. No había distancia entre ellos: pecho contra espalda, caderas contra caderas, muslos rodeando con delicadeza pero firmeza los de Lima para anclarlo sin presionar, para darle estabilidad sin aplastar.

-Mira bien -le susurró Azul, con la voz más grave y cargada de deseo, mientras rozaba muy despacio con las yemas de los dedos los pliegues que cubrían la entrada-. Aquí es donde todo tiene sentido para nosotros. No nos enfrentamos, no nos buscamos de frente; nos encajamos. Tu espalda está hecha para recibir exactamente lo que yo tengo, y mi estructura está hecha para sostenerte tal cual eres, para que no tengas que cargar con nada más que tu propio placer.

Volvió a untar sus dedos con el aceite tibio, que ya se había calentado con el contacto de sus manos, y lo extendió con movimientos lentos y circulares sobre la piel que rodeaba la zona. El efecto fue inmediato: la piel se relajó aún más, tornándose más flexible y luminosa bajo la luz azulada de las pantallas, y los pliegues fueron cediendo con suavidad, como si se abrieran solos ante la caricia. Con una paciencia que parecía alargar cada segundo, Azul los separó con delicadeza, revelando la cavidad que se ocultaba en su interior. No era una apertura fija ni estrecha, sino un espacio blando, cálido y profundamente elástico, rodeado de tejidos sensibles que se estremecían al menor roce. Al quedar expuesta, comenzó a brotar

de su interior una sustancia transparente, espesa y tibia, que resbalaba en pequeños hilos por la piel, señal inequívoca de que el cuerpo de Lima ya estaba completamente preparado, despertado y deseoso.

Lima tembló con tanta intensidad que sus dedos se aferraron con más fuerza al cojín de la camilla, pero no por miedo ni por dolor, sino por la magnitud de lo que sentía. Cada terminación nerviosa de esa zona estaba en su punto más agudo, y la sensación de estar expuesto de esa forma, a merced de las manos de Azul pero protegido por el peso seguro y cálido de su cuerpo, le provocaba una sensación de plenitud y vulnerabilidad que se mezclaba en un placer casi abrumador. Nunca había sentido algo así; todo lo que ocurría en esa parte de su anatomía se transmitía directamente a la médula espinal, y de ahí a cada rincón de su ser, como si cada caricia llegara más hondo que en cualquier otra parte del cuerpo.

-Es aquí donde más sientes, ¿verdad? -murmuró Azul, acariciando con la punta de los dedos los bordes de la cavidad, trazando círculos suaves que hacían que Lima se arqueara levemente hacia atrás,

buscando más contacto-. Como no tenemos huesos duros aquí que nos frenen, todo se amplía. No hay choque, no hay resistencia; solo ajuste, solo unión. Cuanto más te relajas, más te abres, más me dejas entrar en ti, no solo físicamente, sino en cada sensación que recorres.

Mientras hablaba, Azul se ocupó de abrir con cuidado los paneles posteriores de su propio traje, liberando la zona dorsal de su cuerpo. Allí, protegida también por pliegues y tejidos, se encontraba su propia estructura: una extensión muscular, firme pero flexible, recubierta de una capa suave y lisa que la hacía deslizarse con facilidad, de una forma y tamaño diseñados exactamente para encajar en cavidades como la de Lima. Tenía surcos longitudinales profundos a lo largo de toda su longitud, diseñados para canalizar los fluidos de conexión y permitir que la estimulación fuera mutua en cada milímetro de contacto. Al salir completamente, se notaba que también estaba cubierta por una sustancia lubricante natural, espesa y ligeramente aromática, lista para facilitar la unión.

-Mira lo que tengo para ti -dijo Azul, acercando su propia estructura a la entrada de la cavidad de Lima, sin introducirla todavía, solo rozando con la punta, haciéndola deslizar suavemente de un lado a otro para humedecer bien los bordes y aumentar la sensibilidad-. No voy a empujarte, no voy a forzar nada. Solo nos vamos a acoplar. Tu cuerpo cede, el mío se adapta. Así es como estamos hechos, así es como se siente el placer más intenso que podemos conocer.

Lima soltó un gemido ahogado, profundo, que se quedó vibrando en su garganta. Cada roce de esa punta firme contra los tejidos más sensibles le provocaba estremecimientos que le hacían arquear la espalda y levantar levemente las caderas en un movimiento instintivo de aceptación y deseo. Sus músculos lumbares, antes rígidos por el dolor, ahora se contraían y se relajaban en un ritmo nuevo, respondiendo solo a la cercanía de Azul.

Con una lentitud exquisita, que parecía alargar el momento para que cada sensación se grabara en la memoria, Azul comenzó a introducirse. No hubo

presión brusca, ni resistencia, ni dolor: la cavidad de Lima se expandía suavemente, envolviendo cada centímetro que entraba, ajustándose como si hubiera sido creada exclusivamente para esa forma. Los tejidos elásticos se deslizaban sobre la superficie de Azul, abrazándolo con una suavidad que se volvía cada vez más firme a medida que avanzaba. Al llegar al fondo, Lima soltó un suspiro largo y entrecortado, una mezcla de alivio y plenitud, sintiendo cómo esa presencia llenaba cada espacio interior, tocando puntos que ni siquiera sabía que existían.

-Así... perfecto -susurró Azul -. ¿Sientes cómo encajamos? No hay nada que nos separe ahora. Cada movimiento que haga se transmitirá directamente a tu médula, porque todo está conectado aquí. Lo que sientes en la espalda llega a tu cabeza, a tu pecho, a tus extremidades, a todo lo que eres. Por eso esto es más intenso que cualquier otra cosa: es una unión completa, desde adentro hacia afuera.

Se quedó quieto unos instantes, dejando que ambos cuerpos se acostumbraran a la sensación, que la conexión se estabilizara. Sentía cómo los tejidos de

Lima se cerraban suavemente a su alrededor, apretando con una presión rítmica y placentera, como si lo abrazaran desde dentro, buscando mantenerlo lo más cerca posible. Luego comenzó a moverse, con un ritmo lento, profundo y constante: deslizándose hacia afuera solo lo suficiente para sentir la fricción de cada surco contra las paredes de la cavidad, y volviendo a entrar con una cadencia que hacía que todo el cuerpo de Lima respondiera con un estremecimiento tras otro.

Con cada vaivén, la sensación se intensificaba. El aceite y los fluidos naturales se mezclaban, creando un deslizamiento suave y húmedo que aumentaba la fricción placentera. Los surcos de la estructura de Azul captaban esa humedad y la distribuían por todo el interior, estimulando cada terminación nerviosa a lo largo del recorrido. Lima arqueaba la espalda con cada movimiento, hundiendo más el rostro en el cojín y soltando gemidos cada vez más prolongados y roncos, que salían de su pecho sin que pudiera contenerlos. Sus caderas se movían por instinto, buscando sincronizarse con el ritmo de Azul, ofreciéndose más y más, dejando que su anatomía

blanda se adaptara a cada movimiento, se amoldara a cada cambio de profundidad y velocidad.

Azul apoyó una mano en la cintura de Lima y la otra en su muslo, sosteniéndolo con firmeza pero sin apretar, guiando cada movimiento para que la sensación fuera siempre en aumento. Jadeaba, tocando cada zona sensible, mientras su voz seguía cargada de deseo y satisfacción.

-Mira cómo te mueves para mí -le decía, acelerando un poco el ritmo, haciendo que cada embestida fuera más profunda y marcada-. Tu espalda blanda no es un defecto, es tu mayor regalo. Porque puedes recibir todo esto, puedes amoldarte perfectamente a mí, puedes sentir cada milímetro de lo que te doy. Cada vez que entro, siento cómo tus tejidos me abrazan, cómo me piden más. No hay nada más hermoso que ver cómo tu cuerpo responde a lo que yo te hago.

Las pantallas de monitoreo detrás de ellos mostraban gráficas que subían y bajaban con intensidad: el ritmo cardíaco de ambos se había sincronizado en un solo latido rápido y fuerte, la actividad nerviosa en la zona dorsal de Lima estaba al máximo nivel, y los

niveles de hormonas y fluidos corporales aumentaban de forma constante. Nada indicaba peligro, solo una actividad biológica plena y satisfactoria.

Poco a poco, el ritmo se fue haciendo más profundo y urgente, aunque siempre manteniendo esa armonía que caracterizaba su unión. Los fluidos que Azul liberaba no solo servían para la reproducción, sino que también contenían sustancias que aumentaban la sensibilidad, relajaban aún más los tejidos y hacían que el placer se extendiera por todo el cuerpo de Lima como una ola que no tenía fin. Cada movimiento provocaba una sensación de llenura que se acumulaba, creciendo más y más, hasta que parecía que todo su ser se concentraba en ese punto de unión.

Cuando finalmente llegó el momento cumbre, la sensación explotó en Lima como una descarga cálida y expansiva que le recorrió desde la espalda hasta la punta de los dedos de los pies, haciéndole arquear el cuerpo con fuerza y soltar un gemido largo y profundo que se mezcló con el zumbido suave de los

equipos de la sala. Al mismo tiempo, Azul liberó todo su fluido en el interior de la cavidad, espeso, tibio y abundante, que se extendió por todos los conductos, llenando cada espacio y dejando una sensación de plenitud absoluta.

Se quedaron así, acoplados, sin moverse, durante varios minutos, dejando que los latidos se calmaran poco a poco y que la sensación de satisfacción se asentara en cada rincón de sus cuerpos. Azul se mantuvo pegado a la espalda de Lima, sosteniendo su mano, hasta que ambos sintieron que era momento de separarse. Lo hicieron con la misma lentitud y cuidado con el que se habían unido, deslizándose poco a poco hasta que la conexión se rompió, y la cavidad de Lima volvió a cerrarse con sus propios pliegues, reteniendo en su interior todo lo que acababa de recibir.

Azul se recostó a su lado, limpiando con suavidad cualquier resto de humedad que hubiera quedado en la piel de Lima con un paño suave, y luego pasó un brazo firme y cálido por encima de sus hombros, atrayéndolo contra su propio pecho. Lima respiraba

hondo, sintiendo cómo una calma profunda y placentera le recorría todo el cuerpo, reemplazando cualquier resto de dolor o debilidad. Por primera vez en su vida, no veía su condición como algo vergonzoso o limitante, sino como la razón por la que podía sentir todo aquello con tanta intensidad.

-¿Ves? -le dijo Azul en voz baja, con un tono de satisfacción y coquetería que no había perdido-. Así es como nos amamos, así es como nos unimos. No es como en otras especies, no necesita imitar nada más que lo que somos. Todo lo que necesitamos, todo lo que nos da placer, todo lo que nos hace completos, está aquí, en la espalda. Y te prometo que, cada vez que quieras, cada vez que necesites, estaré aquí para ***encajar*** contigo, para descubrir contigo todo lo que tu cuerpo puede sentir y todo lo que yo puedo darte.

Lima solo pudo asentir con la cabeza, recostándose más contra el cuerpo de Azul, envuelto en esa sensación de seguridad y plenitud que solo ese encuentro le había dado. En medio de la desconfianza y el peligro constante que reinaba en la nave, habían encontrado su propio refugio, su propia

forma de conectar, única, intensa y perfecta para lo que eran.

En el suelo del ala médica, justo en la esquina más alejada de la camilla, la rejilla metálica del conducto de ventilación permanecía en su sitio, aparentemente igual que siempre. Pero entre las rendijas, un par de ojos brillantes y atentos observaban cada movimiento sin ser vistos.

Verde, el Impostor, permanecía agachado en la oscuridad del túnel, envuelto en el silencio que solo conocían quienes se movían sin hacer ruido. Desde esa posición baja, podía ver todo lo que ocurría en la sala: las luces tenues, las pantallas parpadeantes y, sobre todo, las dos figuras entrelazadas sobre la camilla, completamente ajenas a que tenían un espectador no deseado.

No se movió ni un milímetro. Su respiración era tan leve que apenas alteraba el flujo de aire en el conducto. Había entrado ahí para buscar alguna oportunidad para actuar, pero lo que encontró le había mantenido clavado en su lugar mucho más tiempo del que pensaba.

Vio cada caricia, cada movimiento lento, cada estremecimiento que recorría el cuerpo de Lima. Escuchó los gemidos ahogados y las palabras susurradas, todo amplificado por el eco que se formaba en el interior del túnel metálico. No sentía curiosidad inocente, sino una mezcla de interés frío y una diversión silenciosa. Sabía perfectamente cómo funcionaba la anatomía de los tripulantes, y ver esa intimidad desplegada ante sus ojos le daba una ventaja nueva.

Cuando todo terminó y la sala volvió a llenarse solo con el zumbido de los equipos, Verde soltó una risa cargada de morbo, que vibró bajito contra el metal del conducto sin salir al exterior. Se inclinó más, pegando el visor a las rendijas para grabarse en la memoria cada detalle.

Deslizó un tentáculo por el borde frío de la rejilla, pero no se detuvo ahí: presionó los dedos contra el metal, como si quisiera tocar a través de él, imaginar que sus propias yemas estaban donde las de Azul acababan de estar. Un escalofrío de placer oscuro le recorrió el cuerpo al pensar en lo que acababa de

ver: esa cavidad blanda, elástica, tan sensible y adaptada para recibir, abierta y expuesta, temblando de deseo hasta el último instante.

La rejilla volvió a quedar en silencio, como si nada hubiera pasado, pero en las sombras, Verde ya guardaba ese detalle en su memoria: una nueva información, una nueva forma de jugar, y quizás, en el futuro, una nueva forma de atacar.

Secretos Del Ala Medica [blime/among | us one shot]

Fue bien raro escribir coito de among us de forma "realista".

Chapter 2

••

«Something is growing in me»

ADVERTENCIA: Contenido sensible, mutilación y asesinato, se recomienda discreción.

El hangar de la nave The Skeld apestaba a alcohol y a desinfectante industrial de baja calidad. Había pasado exactamente un ciclo desde el encuentro en el ala médica, y la atmósfera general se había vuelto insoportable.

El zumbido constante de la nave se sentía más pesado que de costumbre. Las luces de los pasillos parpadeaban levemente, señal de que alguien había

manipulado los sistemas de energía en la zona de motores.

Azul se encontraba en el ala médica, revisando en silencio los registros generales de la nave. Su traje cobalto estaba bien ajustado y su visor limpio, con la seguridad de quien ya había reunido suficientes indicios. Había cruzado datos de acceso, lecturas de oxígeno y anomalías en los conductos de ventilación; todo apuntaba a que no eran fallas aleatorias, sino movimientos calculados.

Se detuvo frente al panel de monitoreo central. Si su suposición era correcta, allí confirmaría lo que temía.

-Sé que estás ahí -dijo en voz alta, sin miedo, mientras activaba el historial de accesos oculto-. He visto cómo desaparecen suministros y cómo se alteran las rutas de aire. No puedes ocultarte para siempre.

El silencio respondió primero, roto solo por el sonido del aire circulando por las tuberías. Luego, de la sombra que se formaba detrás de los estantes de instrumental, emergió una figura. Su traje de tono verde estaba manchado con restos de aceite y

residuos orgánicos, y su visor reflejaba una luz apagada y fría. Era Verde.

-Tienes razón -respondió con una voz distorsionada, como si saliera desde el fondo de un conducto-. Y es una lástima que hayas descubierto tanto. Eres fuerte, Azul. Pero la curiosidad termina por romper incluso las estructuras más sólidas.

Antes de que Azul pudiera reaccionar o alcanzar su comunicador, Verde se movió con una velocidad que no correspondía a ningún tripulante normal. De los pliegues ocultos bajo su traje emergieron extensiones musculares, largas y resistentes, que se enroscaron en los brazos y el torso de Azul, inmovilizándolo contra la pared metálica.

-No necesito herramientas complicadas -susurró Verde, acercándose hasta que sus visores casi se tocaron-. Conozco bien la estructura de nuestros cuerpos. Sé dónde se fijan las placas, dónde se une la cubierta facial.

Azul luchó, pero la fuerza que lo sujetaba era mucho mayor de lo que parecía. Sintió cómo las extremidades apretaban, restringiendo el

movimiento de su columna rígida. Verde alargó una extremidad más delgada pero muy resistente, que se deslizó por el borde de la unión entre el visor y el traje, buscando las bisagras y los puntos de sujeción que mantenían la cubierta en su lugar.

-Es una parte que todos creen indestructible -dijo Verde con tono burlón-. Pero basta con aplicar presión en el ángulo correcto.

Con un movimiento seco y firme, hizo palanca. Hubo un crujido sordo de fibras y conexiones que se desgarraban, y luego un tirón brusco. La cubierta protectora y el tejido que la unía al cráneo se separaron de golpe, arrancando consigo la capa externa que cubría esa zona sensible. Brotó un líquido claro y espeso de las terminaciones nerviosas expuestas, y se escuchó un sonido agudo antes de que los sistemas internos de Azul dejaran de responder. Su cuerpo quedó colgado un instante, sostenido por las extremidades de Verde, hasta caer pesadamente al suelo metálico.

-Así termina quien mete la nariz donde no debe -murmuró Verde, alejándose de la sala.

[...]

El sonido de la alarma general estalló por todo The Skeld con una intensidad que hizo vibrar incluso las paredes metálicas de los pasillos. Era un tono agudo, repetitivo y cortante, diseñado para romper cualquier rutina y borrar cualquier rastro de calma. Las luces de todos los sectores cambiaron de inmediato a un parpadeo rojo intermitente, proyectando sombras alargadas y inquietantes sobre el suelo y las tuberías, mientras la voz mecánica del sistema de seguridad resonaba por cada altavoz, distorsionada y autoritaria:

ALERTA DE SEGURIDAD: RESTOS BIOLÓGICOS DETECTADOS EN EL ALA MÉDICA. ACUDAN INMEDIATAMENTE A LA ZONA O CONVOQUEN REUNIÓN DE EMERGENCIA EN LA SALA DE CONTROL.

En cuestión de minutos, los pasillos cercanos se llenaron de pasos apresurados y voces entrecortadas por el miedo. Los tripulantes fueron llegando uno a uno hasta formar un grupo tenso frente a las puertas automáticas de la sala médica. Cuando estas se

deslizaron con su característico siseo neumático, el silencio cayó sobre ellos como una losa pesada, más denso y aterrador que cualquier ruido de alarma.

En el rincón más alejado, junto a los monitores de diagnóstico que seguían parpadeando con datos sin sentido, yacía el cuerpo de Azul. Su traje de color cobalto estaba intacto en el resto del cuerpo, pulcro y bien ajustado, pero la parte frontal -donde se alojaba el visor protector y la estructura que cubría los órganos sensoriales y nerviosos principales- era un desastre irreconocible. La cubierta exterior había sido arrancada por completo, no con cortes precisos, sino con una fuerza bruta y experta que había hecho palanca en las bisagras ocultas y los puntos de unión, desgarrando tejidos y conexiones nerviosas de un solo tirón. Un líquido espeso, transparente y ligeramente brillante -el fluido que recorría sus sistemas vitales- se había derramado sobre el suelo metálico, formando charcos oscuros que ya empezaban a secarse y a dejar manchas pegajosas.

-Dios... -susurró Morado, inclinándose con cautela, sin llegar a tocar nada, con su visor reflejando la luz

roja de la alarma-. Mira cómo está. No es un accidente. Nadie se arranca la cubierta así por error.

Tenía la voz temblorosa, pero se notaba que intentaba mantener la compostura. Era un tripulante meticuloso, de movimientos tranquilos y siempre atento a los detalles, acostumbrado a revisar los sistemas de comunicación y a llevar registros ordenados. Ahora, ver a alguien tan capaz como Azul reducido a un cuerpo inerte le revolvía el interior.

-Exacto -respondió Rojo, que estaba de pie con los brazos cruzados y la postura rígida, examinando el escenario con ojos de quien ya había visto demasiadas anomalías-. Solo alguien que conoce nuestra anatomía sabe por dónde tirar para separar la cubierta sin destrozar todo el traje. Sabían exactamente dónde hacer fuerza. Esto es obra de un Impostor, no hay duda.

-Y Azul estaba justo investigando eso, ¿verdad? -intervino Verde, con un tono que mezclaba preocupación y desconfianza-. Hace un rato lo vi revisando registros de acceso y comprobando las lecturas de oxígeno. Se le veía serio, como si ya

hubiera encontrado algo raro. Si lo mataron aquí, significa que estaba muy cerca de descubrir quiénes son los culpables.

La tensión en el aire era casi palpable. Todos se miraban de reojo, sin saber en quién confiar, conscientes de que el asesino podía estar justo ahí, entre ellos, observando y fingiendo miedo. Pero entre ese grupo de caras tensas y preocupadas, había una ausencia que no pasó desapercibida para todos: Lima no estaba.

Nadie lo había visto llegar. Nadie recordaba haberlo cruzado por el pasillo en el camino hacia el ala médica. Y aunque varios lo mencionaron en voz baja, la confusión y el pánico general hicieron que nadie se decidiera a ir a buscarlo de inmediato; cada uno parecía más preocupado por vigilar a sus compañeros que por encontrar al que faltaba.

[...]

Mientras tanto, Lima se había alejado de la zona central de la nave en cuanto escuchó el primer aviso de alerta. Su cuerpo le pedía a gritos que se mantuviera lejos de la multitud, lejos de las miradas

inquisitivas y de cualquier movimiento brusco que pudiera desestabilizarlo. Desde la noche anterior, cuando se había unido con Azul en esa misma sala médica, algo había cambiado en su interior, algo que no dolía pero que se sentía extrañamente profundo y permanente.

Padecía el síndrome de hueso blando: su columna vertebral no era una estructura rígida y sólida como la de la mayoría de los tripulantes, sino una serie de vértebras de cartílago flexible, moldeables y sensibles a cualquier presión o movimiento. Por eso siempre se movía con precaución, por eso el dolor lumbar era su compañero constante. Pero ahora, la sensación en su espalda baja era distinta. No era el dolor agudo de siempre, ni la pesadez de los tejidos inflamados. Era una calidez suave y constante, una ligera plenitud interna que no desaparecía al descansar ni al cambiar de postura.

Allí, en la zona dorsal, donde se concentraban los órganos reproductivos y los conductos de unión, su anatomía hermafrodita había respondido a la semilla de Azul de forma inmediata y silenciosa. Lo que

antes era una cavidad elástica y vacía, diseñada para recibir y adaptarse, ahora albergaba una pequeña formación de tejido nuevo: una masa diminuta, blanda y de crecimiento lento, que se integraba perfectamente entre los pliegues protectores y los vasos sanguíneos, latiendo con un ritmo propio, suave y sincronizado con la vida que empezaba a desarrollarse.

Lima no le puso nombre, pero lo sabía. Lo sentía en cada paso que daba, en cómo su centro de gravedad se había desplazado apenas unos milímetros hacia atrás, obligándolo a caminar más erguido para proteger esa zona frágil y preciosa. Lo notaba en la forma en que sus propios músculos lumbares, antes tan tensos por el dolor, ahora se relajaban instintivamente para dejar espacio, para acunar ese nuevo crecimiento como si fuera lo más valioso que su cuerpo hubiera albergado jamás.

-Azul... -susurró en voz baja mientras caminaba por los pasillos vacíos, con las manos apoyadas en la pared para mantener el equilibrio-. Al menos dejaste algo aquí. Algo que es tuyo y mío.

Pero esa misma certeza traía consigo un miedo frío y punzante. Si Azul había muerto por descubrir la verdad sobre los Impostores, entonces cualquier rastro de él podía ser peligroso. Y lo que llevaba dentro era, sin duda, el rastro más vivo e irrefutable de todos.

Decidió dirigirse hacia la zona más alejada, menos transitada y más calurosa de toda la nave: la sala del reactor. Era un lugar inmenso, lleno de tuberías gruesas que vibraban con el fluir del refrigerante, paneles de control enormes y pesados, rejillas metálicas en el suelo por donde subía el calor intenso del núcleo energético. Allí casi nunca iba nadie, salvo para tareas de mantenimiento rutinarias que se hacían en solitario. Si quería estar tranquilo, pensar y proteger lo que llevaba en su interior, ese era el único sitio posible.

El aire se volvía más denso y cargado cuanto más se acercaba. Las luces pasaron del blanco frío de los pasillos a un tono anaranjado tenue y parpadeante, que proyectaba sombras ondulantes sobre las superficies curvas de los conductos. El zumbido

constante y grave del reactor resonaba en los huesos, una vibración profunda que se sentía más que se escuchaba. Lima llegó hasta una de las columnas de soporte principales, se deslizó lentamente hasta quedar sentado en el suelo metálico, y apoyó la espalda contra el metal caliente, que le transmitía un calor reconfortante y relajante para sus tejidos sensibles.

-Solo un momento -murmuró, cerrando los ojos y dejando que su mano descansara suavemente sobre la zona baja de su traje-. Solo necesito un momento para... entender esto.

No había pasado ni cinco minutos cuando el silencio fue interrumpido por un sonido de pasos que se acercaban con un ritmo ligero, casi despreocupado, nada que ver con la pesada cautela de los demás tripulantes.

-¡Bueno, bueno, bueno! -exclamó una voz alta, animada y con un deje de aburrimiento que contrastaba brutalmente con la gravedad de la situación-. ¡Mira a quién me encuentro por aquí

escondido! Justo al que nadie veía en el desastre de allá arriba.

Lima abrió los ojos de golpe y levantó la vista. Allí, en la entrada de la sala, apareció Naranja. Su traje del color de los atardeceres estaba impecable, sin una sola mancha ni rasguño, y se movía con una soltura excesiva, casi juguetona, dando pequeños saltitos con los pies al andar y balanceando los brazos como si estuviera paseando por un jardín y no en las entrañas de una nave espacial donde acababan de asesinar a un compañero.

Tenía una personalidad extraña: siempre parecía estar de buen humor, demasiado relajado para su propio bien, hablaba sin filtros, se reía de cosas que no tenían gracia y trataba todo con una frivolidad que a muchos les molestaba. Pero detrás de esa fachada de chico descuidado y distraído, había algo más, una mirada aguda y brillante que lo observaba todo sin que pareciera que le importara nada.

-¿Qué haces aquí, Lima? -preguntó Naranja, acercándose despacio pero sin ninguna precaución, arrastrando los pies sobre las rejillas metálicas con

un ruido metálico y chirriante-. ¡Todos están allá como locos mirando el desastre del ala médica y tú te largas al rincón más caluroso y aburrido de la nave! Eres un caso perdido, ¿sabes? Siempre tan raro y apartado.

Lima intentó ponerse de pie, pero sus piernas le respondieron con lentitud y torpeza. El cambio en su centro de gravedad, sumado a la debilidad crónica de su estructura ósea, hacía que cualquier movimiento brusco fuera un riesgo. Se apoyó con fuerza en la columna detrás de él, sintiendo cómo la pequeña formación en su espalda se acomodaba con un ligero hormigueo de alerta.

-Solo... me siento mal -mintió, con la voz entrecortada por el miedo y el esfuerzo-. Mi espalda... el síndrome... necesitaba un sitio tranquilo.

-¡Bah, tu espalda siempre es un problema! -se burló Naranja, soltando una carcajada breve y sin gracia, y se detuvo a solo un metro de distancia, plantándose con las manos en la cintura y las piernas ligeramente abiertas, con una postura relajada pero que bloqueaba cualquier salida posible-. Pero no te creas

que soy tan tonto, ¿eh? Te vi pirarte de la zona médica en cuanto sonó la alarma. ¡Zas! Como si te hubieran dado un empujón. Demasiado rápido para alguien que se mueve como si tuviera los pies atados. Y eso... ¡eso da qué pensar, amigo!

Lima tragó saliva, sintiendo cómo el pánico le subía por la garganta y le secaba la boca. Naranja no dejaba de sonreír, pero esa sonrisa ya no llegaba a sus ojos, que se habían vuelto fijos y escrutadores, clavados en la espalda de Lima, recorriendo cada curva y cada pliegue del traje con una atención inquietante.

-¿De qué estás hablando? -preguntó Lima, retrocediendo un poco más hasta que su espalda chocó contra el grueso conducto de refrigeración-. Solo quería descansar. No sé nada de lo que pasó.

-¡Claro que no! -exclamó Naranja, soltando otra risita y sacando de su cinturón una herramienta de mantenimiento: una barra de metal resistente, con un extremo plano y ancho y el otro afilado y estrecho, perfecta para desatascar válvulas o limpiar conductos-. Vamos, Lima, no me trates como si fuera

un novato despistado. ¡A mí no me engañas! Sé perfectamente lo que intento Azul, sé lo que estaba buscando... y sé perfectamente con quién se pasó la noche anterior en el ala médica.

El corazón de Lima dio un vuelco tan fuerte que creyó que se le saldría por la boca. Sabía que los conductos de ventilación recorrían toda la nave, sabía que podían esconder a cualquiera, pero nunca imaginó que alguien los hubiera estado espiando.

-Tú y él... -continuó Naranja, agitando la herramienta en el aire como si fuera un juguete, sin darle importancia al peligro que representaba-. ¡Vaya par de tortolitos! Vaya que desaparecieron por horas. ¡Conozco esta biología! Todo lo importante, todo lo que reciben, todo lo que crece, va a parar ahí atrás. Es el punto clave, el centro de todo. Y tú... ¡tú te estás protegiendo esa zona como si fuera una caja fuerte llena de oro! Divertí recordatorio, Mira no aporta seguro de gestación.

Dio un paso más, y Lima sintió que el aire se le escapaba de los pulmones. Era verdad: su postura, su forma de moverse, la mano que inconscientemente

se había apoyado en su espalda baja... todo delataba que algo había cambiado allí. Su cuerpo, diseñado para albergar nueva vida, no sabía ocultarlo; instintivamente buscaba proteger ese crecimiento frágil, y eso era precisamente lo que lo traicionaba.

-No sé de qué hablas -repitió Lima, pero esta vez su voz sonó débil, casi un susurro, y su mirada se desvió hacia el suelo incapaz de sostener la de Naranja.

-¡Ay, qué malo eres para mentir! -se quejó Naranja con fingido pesar, meneando la cabeza de lado a lado y acercándose hasta quedar casi pegado a él-. Se te nota a leguas, amigo. Mira cómo te abultas ahí, mira cómo te inclinas para que no te den ni un soplo de aire. ¡Ahí hay algo nuevo, algo que no estaba ahí antes! Y no es un hueso, ni un dolorcito tonto... es algo que Azul te dejó. Algo que lleva su esencia... algo que podría salir y contarles a todos quiénes somos nosotros. Los bebés son... Muy observadores...

Su tono cambió de golpe. De la alegría fingida y la charla ligera pasó a una frialdad absoluta, tan repentina que heló la sangre de Lima. Ya no era el bromista descuidado; era un depredador que había

acorralado a su presa y ya no veía la hora de terminar con el juego.

-Y eso... -dijo Naranja, levantando la herramienta y haciéndola girar entre sus dedos con una destreza peligrosa-, eso no lo podemos permitir. ¡Qué lío sería! Si eso crece, si sale, adiós secretos, adiós planes. Así que... ¡toca hacer limpieza!

Antes de que Lima pudiera siquiera intentar gritar o pedir auxilio, Naranja actuó con la velocidad y la eficacia brutal que caracterizaban a los Impostores en la nave. Con un movimiento fluido y sin esfuerzo, dio un paso lateral, se inclinó y empujó a Lima con el hombro contra la rejilla metálica del suelo, haciéndolo caer de rodillas y luego boca abajo, inmovilizándolo con una rodilla pesada y firme sobre la parte superior de su espalda, justo donde las vértebras eran más resistentes y podían soportar presión sin romperse al instante.

-¡Quieto, quieto! -canturreó Naranja, como si estuviera regañando a una cría traviesa-. ¡No te muevas tanto, que me vas a hacer estropear el trabajo!

Lima luchaba con todas sus fuerzas, pero su cuerpo blando y débil no tenía ninguna oportunidad contra la masa muscular y la fuerza mejorada del Impostor. Cada intento de arquear la espalda solo hacía que sintiera más presión sobre esa zona sagrada donde el nuevo ser empezaba a formarse. Sentía pánico, un terror visceral que nunca había imaginado, mezclado con una furia y una desesperación protectora que le rasgaban el pecho. Quería salvarlo, quería proteger esa pequeña vida que era lo único que le quedaba de Azul, pero sus manos resbalaban sobre el metal caliente sin encontrar nada a lo que aferrarse.

-Por favor... -suplicó, con la voz ahogada contra las rejillas, mientras lágrimas de frustración y dolor se le acumulaban en los ojos-. No... no le hagas daño... es solo algo pequeño... déjalo estar...

-¡Ay, qué ternura! -se burló Naranja, soltando una risita mientras usaba la mano libre para deslizar la punta afilada de la herramienta por la costura trasera del traje de Lima-. Pero aquí no valen los lamentos, amigo. ¡Las reglas son las reglas! Y en The Skeld, si algo sobra, se tira. Así de fácil. Además, las

políticas de Mira no respaldan el abordaje de menores.

El metal cortó la tela sintética con un susurro suave y eficaz, abriendo un corte limpio y recto desde la base de la espalda hasta la parte superior de los glúteos, dejando al descubierto la piel pálida, lisa y extremadamente sensible de la zona lumbar. La luz anaranjada del reactor iluminó cada detalle, y Naranja se inclinó un poco más para observar con curiosidad científica y maliciosa.

-¡Míralo, míralo bien! -exclamó, como si estuviera mostrando un hallazgo interesante-. ¡Ahí está! No se puede esconder de mí.

Rozó con mucho cuidado los pliegues de piel que cerraban la cavidad reproductiva. Al tacto, se notaba la diferencia inmediata: la zona ya no era blanda y hueca, sino que tenía una consistencia más firme, una ligera protuberancia interna que empujaba suavemente hacia afuera, estirando los tejidos elásticos para dar espacio al crecimiento. Naranja presionó apenas con la punta del dedo y sonrió con satisfacción al sentir cómo esa pequeña masa

respondía con un latido propio, débil pero inconfundible.

-Un tejido nuevo, tierno, jugoso... Oww, parece que será turquesa -murmuró, saboreando las palabras-. Todavía pequeño, pero ya muy vivo. Lleno de futuro. Una pena, ¿verdad? Pero bueno... ¡no hay nada que hacer!

Lima temblaba violentamente, sintiendo cada roce como una agresión directa a su propia alma. Esa masa no era solo tejido, era la promesa de continuar, era la unión hecha carne, era la única forma que tenía de no perder del todo a Azul. Y ahora estaba ahí, expuesta y vulnerable bajo la mano cruel y despreocupada de Naranja.

-Por favor... -volvió a suplicar, con la voz rota y los dientes apretados para no gritar-. Mátame a mí si quieres... pero déjalo... déjalo vivir...

-¡Uy, no, no, no! -negó Naranja, meneando el dedo índice en el aire con fingida severidad-. ¡Eso no funciona así! Si te dejo a ti, crece él. Si te quito a ti, se muere él. ¡Están unidos por dentro! Vaya faena, ¿no?

Pero bueno... ¡al menos será rápido! Trato de no tardar mucho, me aburro.

Sin más preámbulos, con esa mezcla aterradora de indiferencia y precisión, alzó la herramienta y alineó la punta afilada justo en el centro de los pliegues protectores. Sabía exactamente dónde golpear, cómo penetrar sin perderse entre los tejidos, cómo llegar directo al núcleo de ese nuevo crecimiento.

-¡Allá vamos! -anunció con entusiasmo exagerado.

-¡No!

Bajó el brazo con un movimiento seco, fuerte y decidido, tal como se veía en los momentos más brutales de las emergencias de la nave. La punta de metal atravesó la piel y los tejidos elásticos como si fueran mantequilla caliente, sin resistencia, deslizándose hacia el interior de la cavidad.

Lima soltó un alarido desgarrador, un sonido que salió de lo más profundo de su médula espinal, agudo, largo y lleno de un dolor que iba mucho más allá de lo físico. Sintió el frío del metal invadiéndolo, y luego el impacto directo contra esa pequeña masa

en desarrollo. Se desgarró con una facilidad aterradora, blanda y frágil, y de inmediato brotó un líquido espeso, de color rosado pálido mezclado con el fluido vital de Lima, que comenzó a manar a borbotones por la herida, resbalando por sus caderas y cayendo sobre las rejillas calientes del suelo, donde se evaporaba con un siseo constante y un olor dulzón y metálico que se mezclaba con el calor del reactor.

-¡Uf! -exclamó Naranja, haciendo una mueca como si le hubiera dado asco-. ¡Qué pringue! Pero bueno, trabajo hecho.

Mantuvo la herramienta en su sitio un instante más, removiéndola ligeramente para asegurarse de que no quedara nada intacto, destruyendo cualquier rastro de la formación embrionaria y dañando los conductos principales que la alimentaban. El dolor que sintió Lima entonces fue indescriptible: una explosión de fuego helado que recorrió toda su columna vertebral, desde la base de la espalda hasta la nuca y bajando por las extremidades, borrando cualquier pensamiento, cualquier recuerdo,

cualquier sensación que no fuera el vacío absoluto y la pérdida total.

-Ahora tú... -dijo Naranja, y con un movimiento final, certero y contundente, empujó la barra un poco más profundo hasta alcanzar el centro nervioso dorsal, el punto vital que controlaba todas las funciones del cuerpo.

El cuerpo de Lima se convulsionó una sola vez, con fuerza, y luego se relajó por completo, como un muelle que se suelta de golpe. Sus manos se abrieron sobre el metal, sus piernas cayeron fláccidas a los lados, y su cabeza descansó suavemente sobre las rejillas, con la mirada fija en el suelo pero sin ver nada. La calidez y la plenitud que había sentido durante tanto tiempo se desvanecieron en un segundo, sustituidas por un frío terrible que se extendía desde su espalda hasta apagarlo todo.

-¡Listo! -gritó Naranja, satisfecho, y retiró la herramienta con un tirón seco, limpiando la punta ensangrentada en la tela rota del traje de Lima-. ¡Qué fácil! Casi me divierto.

Acto seguido, con la misma despreocupación de quien termina de arreglar una lámpara, usó sus propias manos para juntar los bordes de la herida y presionarlos con fuerza unos segundos. Los tejidos elásticos, al perder el flujo sanguíneo y la tensión interna, se pegaron entre sí de forma natural, cerrando la apertura y dejando solo una marca rojiza y casi imperceptible bajo la luz tenue. Luego, tiró del resto de la tela del traje para cubrirlo todo de nuevo, acomodando los pliegues y ajustando la cintura para que, a simple vista, pareciera que Lima simplemente se había desmayado o había sufrido un desmayo por el calor y su propia debilidad.

-Así queda mucho mejor -comentó, dándole unas palmaditas amistosas pero brutales en la espalda al cadáver-. Nadie notará nada raro. Pensarán que te quedaste frito por el calor del reactor. ¡Qué mala suerte, eh!

Se levantó, se sacudió el polvo y los restos de líquido de sus rodillas, revisó que no tuviera manchas en su propio traje y se encogió de hombros con indiferencia.

-Bueno, me voy. Tengo cosas más interesantes que hacer que quedarme aquí mirando el fuego. ¡Hasta luego, Lima! O... bueno... ya no.

Y con paso ligero, tarareando una melodía sin sentido, se dirigió hacia la salida de la sala del reactor, dejando atrás el zumbido constante de las máquinas, el calor que seguía subiendo por las rejillas y el cuerpo inmóvil de Lima, que yacía en silencio, despojado de vida y de la pequeña promesa de futuro que había llevado en su interior.

Horas más tarde, cuando la tripulación, tras revisar todo el resto de la nave, decidió por fin bajar al reactor a buscarlo, lo encontraron exactamente como Naranja lo había dejado: quieto, tranquilo, con la expresión serena y sin heridas visibles. Morado fue quien se acercó primero para revisarlo, y tras examinarlo con cuidado, se incorporó y negó con la cabeza con tristeza.

-No hay señales de violencia -dijo con voz apagada-. Parece que simplemente se desmayó por el calor y no pudo recuperarse. Su espalda... bueno, ya saben lo

frágil que era. Probablemente el calor le afectó más de la cuenta.

Nadie sospechó nada. Nadie notó la pequeña cicatriz bien cerrada en la zona lumbar. Nadie imaginó que, junto con Lima, había desaparecido otra pequeña forma de vida, una prueba de lo que Azul y Lima hicieron.

Y desde un rincón de la sala, Naranja observaba la escena con una sonrisa amplia, relajada y totalmente inocente, como si fuera el compañero más preocupado y triste de todos, mientras en su interior no sentía más que el alivio de una tarea cumplida y la satisfacción de haber jugado su partida a la perfección.

[...]

Un rato después, cuando el alerta general se había desactivado y la tripulación, entre murmullos tristes y miradas desconfiadas, se dispersó para continuar con sus tareas o reunirse en la sala de descanso, Naranja se escabulló sin prisa hacia uno de los pasillos más estrechos y olvidados, cerca de los conductos principales de ventilación. Allí, entre el

zumbido de las tuberías y la penumbra de las luces bajas, lo esperaba Verde, recostado contra la pared con los brazos cruzados y una actitud perezosa pero vigilante.

-¡Hola, compi! -lo saludó Naranja con su tono animado y despreocupado, dando unos pasos ligeros y balanceando los brazos como si acabara de volver de un paseo agradable-. ¡Trabajo hecho, todo limpio y sin que nadie levante ni una ceja! Se lo creyeron todo: calor del reactor, debilidad de su espalda blanda, fin de la historia. ¡Qué fácil es a veces!

Verde se irguió lentamente, sus ojos brillantes detrás del visor escrutaron a Naranja de arriba abajo, como comprobando que no hubiera dejado rastro alguno.

-Bien -respondió con voz grave y distorsionada, sin perder ese aire frío y calculador que lo caracterizaba-. Azul ya no podía hablar, y ahora Lima tampoco. Perfecto. Pero... -hizo una pausa, inclinando ligeramente la cabeza- noto que estás más contento de lo normal. ¿Hubo algo más?

Naranja soltó una risita traviesa y se acercó un poco más, bajando el tono de voz como si fuera a contar

un chisme jugoso, aunque en sus palabras se escondía una crueldad absoluta.

-¡Claro que sí! ¡Y no veas qué suerte la mía, o qué mala suerte la de ellos! -exclamó, dando unos golpecitos con el dedo sobre su propia cintura-. Resulta que el pobre Lima no estaba solo, ¿sabes? O mejor dicho... ya no era solo él. Cuando lo tuve boca abajo en el reactor y le abrí el traje para revisar bien, me di cuenta de inmediato. En su cavidad dorsal, ahí donde se forma todo lo nuevo, había algo más. Un tejido pequeño, tierno, que crecía despacito, con su propio ritmo y todo. ¡Estaba gestando! Llevaba dentro la semilla de Azul, sin duda alguna.

Verde no se sorprendió en absoluto. Una sonrisa lenta y maliciosa se dibujó en su voz, y asintió despacio mientras sus pensamientos volaban hacia atrás, hacia la noche anterior, hacia la oscuridad estrecha y silenciosa del conducto de ventilación.

-Ya lo sabía -murmuró, con un tono que mezclaba satisfacción y morbo-. Lo vi todo. Estuve escondido en la rejilla del ala médica, justo encima de ellos, mientras se unían. Vi cómo se abría para recibirlo,

cómo sus tejidos se adaptaban perfectamente para guardar lo que Azul le daba. Observé cada movimiento, cada estremecimiento, y me quedé grabado en la memoria cómo esa zona se cerraba después, reteniendo todo en su interior. Sabía que algo así podía ocurrir; esta especie no hace las cosas a medias. Si se unen bien, la nueva vida se forma rápido y sin fallos.

-¡Pues ahí lo tienes! -siguió Naranja, encogiéndose de hombros con total indiferencia-. Así que no solo me deshice de él, sino que también tuve que borrar ese detallecito. Fue fácil, eso sí. Era tan pequeño y blando... se deshizo nada más tocarlo. Ahora no queda ni rastro. Ni de Azul, ni de Lima, ni de lo que podrían haber traído a la nave. ¡Cero problemas!

-Hiciste bien -dijo Verde, con un brillo oscuro en la mirada-. Ese tipo de cosas son peligrosas. No solo porque podrían revelar la verdad, sino porque... -hizo una pausa, pasando un tentáculo por el borde de su visor con un gesto pensativo- ver cómo se crea vida, cómo se unen para formar algo nuevo... solo hace que sea más divertido destruirlo antes de que

empiece. Lo vi ayer y ya me imaginé que terminaría así: una promesa de futuro convertida en nada en un par de minutos.

-¡Exacto! -aplaudió Naranja, entusiasmado con la coincidencia-. ¡Somos un equipo genial! Tú te encargaste del que sabía demasiado, yo me encargué del que podría seguir investigando. ¡Y ahora la nave sigue siendo nuestra, sin testigos, sin pruebas y sin estorbos!

Verde soltó una risa baja y gutural que vibró contra el metal de las paredes, y dio unas palmaditas pesadas en el hombro de Naranja.

-Así es. Y lo mejor de todo es que nadie sospecha nada. Sigue jugando con el capitán, sigue riendo y haciendo el payaso, que así nadie se fija en ti. Y cuando salga el siguiente problema... ya sabemos cómo resolverlo.

-¡Por supuesto! -respondió Naranja con su sonrisa más amplia y falsa, mientras se ajustaba el traje con aire despreocupado-. ¡Aquí estoy para lo que sea! Mientras sea divertido y no me aburra, cuenta conmigo.

Se separaron entonces, cada uno tomando un pasillo distinto, perdiéndose entre las sombras. Naranja se fue tarareando una melodía sin sentido, ligero y feliz, mientras que Verde se deslizaba con paso silencioso hacia la rejilla más cercana, con la mente llena de imágenes: la intimidad observada en la oscuridad, la unión perfecta de los cuerpos. Y en lo más profundo de su ser, el alien sentía una satisfacción completa, sabiendo que había sido testigo del principio y también del final, sin que nadie hubiera notado su presencia en ningún momento...

Mientras se deslizaba silenciosamente por el conducto de ventilación, alejándose del encuentro con Naranja, la mente de Verde no dejaba de dar vueltas sobre lo que había presenciado en el ala médica. La imagen de los dos cuerpos uniéndose, de la intimidad que se compartían en la penumbra, le trajo de golpe un recuerdo enterrado de los primeros días a bordo de The Skeld, cuando la tripulación acababa de reunirse y aún no había mostrado su verdadera naturaleza.

Pensó en Blanco.

Recordó cómo, apenas unas horas después de que la nave fuera reparada, Blanco se le había acercado con esa actitud amable y confiada de niño rico, con la voz suave y la mirada cómplice, bajando el tono como si le estuviera confiando un secreto valioso.

-Oye, Verde -le había dicho, rozándole la mano con delicadeza y señalando con la cabeza hacia los pasillos vacíos que llevaban a los sectores menos transitados-. Si quieres, cuando terminemos de revisar el equipamiento, podríamos ir a un sitio más privado, sin tanta gente ni ruido. Hay cosas que se disfrutan mucho mejor cuando no hay nadie mirando, ¿verdad?

En ese momento, Verde no había entendido del todo a qué se refería. Pensó que quizás quería hablar de temas reservados, o revisar algo importante sin interrupciones. Pero cuando llegaron solos a una pequeña sala de almacén, lejos de cámaras y oídos ajenos, y Blanco se acercó más, con la postura relajada y una calidez que no era solo amistad, Verde no dudó ni un segundo. No le interesaba lo que le ofreciera, ni la confianza que le estuviera brindando;

solo vio una oportunidad perfecta para actuar sin testigos.

Con la misma velocidad y brutalidad que usaría más tarde con Azul, se abalanzó sobre él antes de que pudiera terminar de hablar. Lo inmovilizó contra los estantes metálicos, sintió cómo sus propias extremidades se alargaban y se endurecían con fuerza descomunal, y con un movimiento rápido y despiadado, lo partió en dos de un solo golpe.

Hubo un crujido fuerte y húmedo que resonó entre las cajas, y el cuerpo de Blanco se separó limpiamente en dos mitades: la superior resbaló por el metal y cayó al suelo con un golpe sordo, mientras que la inferior se desplomó un instante después, dejando un charco amplio y oscuro de fluido vital que se extendía por el piso frío. Verde no se detuvo ni un segundo a mirar el desastre; simplemente se apartó un poco para no mancharse demasiado el traje y siguió su camino, dejando los restos tirados entre herramientas y suministros como si fueran basura que no valía la pena recoger.

Pero ahora, al revivir aquella escena mientras pensaba en Azul y Lima, una duda inquietante cruzó su mente como una sombra fría.

" *¿Era eso lo que quería Blanco?"* se preguntó, deteniéndose un instante en la oscuridad del conducto, con los ojos brillantes fijos en la rejilla metálica. *" ¿Cuando me habló de ir a un lugar privado, cuando se acercó así de confiado... se refería a esto? ¿Quería hacer lo mismo que hicieron ellos? ¿Quería unirse conmigo, compartir esa intimidad, dejarme algo suyo dentro como hizo Azul con Lima?"*

La idea le resultaba extraña, casi desconcertante, y a la vez le provocaba una mezcla de repulsión y fascinación oscura. Hasta ese momento, solo había visto en los demás presas u obstáculos, nunca compañeros que buscaran algo más que seguridad o trabajo. Pero la forma en que Azul y Lima se habían entregado el uno al otro, la forma en que sus cuerpos se habían adaptado con tanta perfección para crear vida, le daba ahora un significado nuevo a aquellas palabras de Blanco.

" Si es así..." pensó, pasando un tentáculo por el borde de su visor con un gesto lento y reflexivo, entonces lo partí en dos justo cuando me estaba ofreciendo lo más valioso que podía dar. *" No quería hablar, ni hacer sus tareas, ni nada de eso... solo quería estar conmigo, unirse como se debe, dejarme crecer algo suyo en mi interior."*

Una sonrisa torcida y burlona se formó en su garganta, vibrando suavemente contra el metal del conducto.

-Qué lástima -murmuró para sí mismo, con un tono que no tenía ni un ápice de arrepentimiento, solo de curiosidad distante-. Si lo hubiera sabido antes, quizás habría jugado un poco más antes de acabar con él. Habría sido interesante ver cómo se abría, cómo se adaptaba... y luego, partirlo igual en dos, destrozarlo todo y borrar cualquier rastro de lo que hubiera podido empezar.

Se encogió de hombros mentalmente y siguió avanzando por el túnel estrecho, dejando atrás la duda para guardarla como un recuerdo más, una pieza extra que encajaba en su visión de la nave

como un gran tablero de juego donde todo, incluso el afecto y la vida, existía solo para ser destruido.

-Pero bueno... al final da lo mismo -susurró en la oscuridad-. Ya sea confianza, amor o vida, todo termina igual: roto, silencioso y olvidado. Y eso es lo único que realmente me divierte.

Con esa certeza helada asentada en su interior, Verde continuó su camino entre las sombras, listo para vigilar, esperar y volver a atacar en cuanto surgiera la siguiente oportunidad.

Secretos Del Ala Medica [blime/among | us one shot]

Yo no escribo finales felices chavos.

Aun así estoy considerando hacer otro one shot de Blanco y Verde, un ***What if*** de si sí hubiera entendió lo que Blanco quería.

Chapter 3

What If

«Code Mira»

El hangar de la nave The Skeld apestaba a alcohol y a desinfectante industrial de baja calidad. Había pasado exactamente un ciclo desde el encuentro en el ala médica, y la atmósfera general se había vuelto insoportable.

El zumbido constante de la nave se sentía más pesado que de costumbre. Las luces de los pasillos parpadeaban levemente, señal de que alguien había manipulado los sistemas de energía en la zona de motores.

Azul se encontraba en el ala médica, revisando en silencio los registros generales de la nave. Su traje cobalto estaba bien ajustado y su visor limpio, con la seguridad de quien ya había reunido suficientes indicios. Había cruzado datos de acceso, lecturas de oxígeno y anomalías en los conductos de ventilación; todo apuntaba a que no eran fallas aleatorias, sino movimientos calculados.

Se detuvo frente al panel de monitoreo central. Si su suposición era correcta, allí confirmaría lo que temía.

-Sé que estás ahí -dijo en voz alta, sin miedo, mientras activaba el historial de accesos oculto-. He visto cómo desaparecen suministros y cómo se alteran las rutas de aire. No puedes ocultarte para siempre.

El silencio respondió primero, roto solo por el sonido del aire circulando por las tuberías. Luego, de la sombra que se formaba detrás de los estantes de instrumental, emergió una figura. Su traje de tono verde estaba manchado con restos de aceite y residuos orgánicos, y su visor reflejaba una luz apagada y fría. Era Verde.

-Tienes razón -respondió con una voz distorsionada, como si saliera desde el fondo de un conducto-. Y es una lástima que hayas descubierto tanto. Eres fuerte, Azul. Pero la curiosidad termina por romper incluso las estructuras más sólidas.

Antes de que Azul pudiera reaccionar o alcanzar su comunicador, Verde se movió con una velocidad que no correspondía a ningún tripulante normal. De los pliegues ocultos bajo su traje emergieron extensiones musculares, largas y resistentes, que se enroscaron en los brazos y el torso de Azul, inmovilizándolo contra la pared metálica.

-No necesito herramientas complicadas -susurró Verde, acercándose hasta que sus visores casi se tocaron-. Conozco bien la estructura de nuestros cuerpos. Sé dónde se fijan las placas, dónde se une la cubierta facial.

Azul luchó, pero la fuerza que lo sujetaba era mucho mayor de lo que parecía. Sintió cómo las extremidades apretaban, restringiendo el movimiento de su columna rígida. Verde alargó una extremidad más delgada pero muy resistente, que se

deslizó por el borde de la unión entre el visor y el traje, buscando las bisagras y los puntos de sujeción que mantenían la cubierta en su lugar.

-Es una parte que todos creen indestructible -dijo Verde con tono burlón-. Pero basta con aplicar presión en el ángulo correcto.

Con un movimiento seco y firme, hizo palanca. Hubo un crujido sordo de fibras y conexiones que se desgarraban, y luego un tirón brusco. La cubierta protectora y el tejido que la unía al cráneo se separaron de golpe, arrancando consigo la capa externa que cubría esa zona sensible. Brotó un líquido claro y espeso de las terminaciones nerviosas expuestas, y se escuchó un sonido agudo antes de que los sistemas internos de Azul dejaran de responder. Su cuerpo quedó colgado un instante, sostenido por las extremidades de Verde, hasta caer pesadamente al suelo metálico.

-Así termina quien mete la nariz donde no debe -murmuró Verde, alejándose de la sala.

[...]

El sonido de la alarma general estalló por todo The Skeld con una intensidad que hizo vibrar incluso las paredes metálicas de los pasillos. Era un tono agudo, repetitivo y cortante, diseñado para romper cualquier rutina y borrar cualquier rastro de calma. Las luces de todos los sectores cambiaron de inmediato a un parpadeo rojo intermitente, proyectando sombras alargadas y inquietantes sobre el suelo y las tuberías, mientras la voz mecánica del sistema de seguridad resonaba por cada altavoz, distorsionada y autoritaria:

ALERTA DE SEGURIDAD: RESTOS BIOLÓGICOS DETECTADOS EN EL ALA MÉDICA. ACUDAN INMEDIATAMENTE A LA ZONA O CONVOQUEN REUNIÓN DE EMERGENCIA EN LA SALA DE CONTROL.

En cuestión de minutos, los pasillos cercanos se llenaron de pasos apresurados y voces entrecortadas por el miedo. Los tripulantes fueron llegando uno a uno hasta formar un grupo tenso frente a las puertas automáticas de la sala médica. Cuando estas se deslizaron con su característico siseo neumático, el

silencio cayó sobre ellos como una losa pesada, más denso y aterrador que cualquier ruido de alarma.

En el rincón más alejado, junto a los monitores de diagnóstico que seguían parpadeando con datos sin sentido, yacía el cuerpo de Azul. Su traje de color cobalto estaba intacto en el resto del cuerpo, pulcro y bien ajustado, pero la parte frontal -donde se alojaba el visor protector y la estructura que cubría los órganos sensoriales y nerviosos principales- era un desastre irreconocible. La cubierta exterior había sido arrancada por completo, no con cortes precisos, sino con una fuerza bruta y experta que había hecho palanca en las bisagras ocultas y los puntos de unión, desgarrando tejidos y conexiones nerviosas de un solo tirón. Un líquido espeso, transparente y ligeramente brillante -el fluido que recorría sus sistemas vitales- se había derramado sobre el suelo metálico, formando charcos oscuros que ya empezaban a secarse y a dejar manchas pegajosas.

-Dios... -susurró Morado, inclinándose con cautela, sin llegar a tocar nada, con su visor reflejando la luz

roja de la alarma-. Mira cómo está. No es un accidente. Nadie se arranca la cubierta así por error.

Tenía la voz temblorosa, pero se notaba que intentaba mantener la compostura. Era un tripulante meticuloso, de movimientos tranquilos y siempre atento a los detalles, acostumbrado a revisar los sistemas de comunicación y a llevar registros ordenados. Ahora, ver a alguien tan capaz como Azul reducido a un cuerpo inerte le revolvía el interior.

-Exacto -respondió Rojo, que estaba de pie con los brazos cruzados y la postura rígida, examinando el escenario con ojos de quien ya había visto demasiadas anomalías-. Solo alguien que conoce nuestra anatomía sabe por dónde tirar para separar la cubierta sin destrozar todo el traje. Sabían exactamente dónde hacer fuerza. Esto es obra de un Impostor, no hay duda.

-Y Azul estaba justo investigando eso, ¿verdad? -intervino Verde, con un tono que mezclaba preocupación y desconfianza-. Hace un rato lo vi revisando registros de acceso y comprobando las lecturas de oxígeno. Se le veía serio, como si ya

hubiera encontrado algo raro. Si lo mataron aquí, significa que estaba muy cerca de descubrir quiénes son los culpables.

La tensión en el aire era casi palpable. Todos se miraban de reojo, sin saber en quién confiar, conscientes de que el asesino podía estar justo ahí, entre ellos, observando y fingiendo miedo. Pero entre ese grupo de caras tensas y preocupadas, había una ausencia que no pasó desapercibida para todos: Lima no estaba.

Nadie lo había visto llegar. Nadie recordaba haberlo cruzado por el pasillo en el camino hacia el ala médica. Y aunque varios lo mencionaron en voz baja, la confusión y el pánico general hicieron que nadie se decidiera a ir a buscarlo de inmediato; cada uno parecía más preocupado por vigilar a sus compañeros que por encontrar al que faltaba.

[...]

Mientras tanto, Lima se había alejado de la zona central de la nave en cuanto escuchó el primer aviso de alerta. Su cuerpo le pedía a gritos que se mantuviera lejos de la multitud, lejos de las miradas

inquisitivas y de cualquier movimiento brusco que pudiera desestabilizarlo. Desde la noche anterior, cuando se había unido con Azul en esa misma sala médica, algo había cambiado en su interior, algo que no dolía pero que se sentía extrañamente profundo y permanente.

Padecía el síndrome de hueso blando: su columna vertebral no era una estructura rígida y sólida como la de la mayoría de los tripulantes, sino una serie de vértebras de cartílago flexible, moldeables y sensibles a cualquier presión o movimiento. Por eso siempre se movía con precaución, por eso el dolor lumbar era su compañero constante. Pero ahora, la sensación en su espalda baja era distinta. No era el dolor agudo de siempre, ni la pesadez de los tejidos inflamados. Era una calidez suave y constante, una ligera plenitud interna que no desaparecía al descansar ni al cambiar de postura.

Allí, en la zona dorsal, donde se concentraban los órganos reproductivos y los conductos de unión, su anatomía hermafrodita había respondido a la semilla de Azul de forma inmediata y silenciosa. Lo que

antes era una cavidad elástica y vacía, diseñada para recibir y adaptarse, ahora albergaba una pequeña formación de tejido nuevo: una masa diminuta, blanda y de crecimiento lento, que se integraba perfectamente entre los pliegues protectores y los vasos sanguíneos, latiendo con un ritmo propio, suave y sincronizado con la vida que empezaba a desarrollarse.

Lima no le puso nombre, pero lo sabía. Lo sentía en cada paso que daba, en cómo su centro de gravedad se había desplazado apenas unos milímetros hacia atrás, obligándolo a caminar más erguido para proteger esa zona frágil y preciosa. Lo notaba en la forma en que sus propios músculos lumbares, antes tan tensos por el dolor, ahora se relajaban instintivamente para dejar espacio, para acunar ese nuevo crecimiento como si fuera lo más valioso que su cuerpo hubiera albergado jamás.

-Azul... -susurró en voz baja mientras caminaba por los pasillos vacíos, con las manos apoyadas en la pared para mantener el equilibrio-. Al menos dejaste algo aquí. Algo que es tuyo y mío.

Pero esa misma certeza traía consigo un miedo frío y punzante. Si Azul había muerto por descubrir la verdad sobre los Impostores, entonces cualquier rastro de él podía ser peligroso. Y lo que llevaba dentro era, sin duda, el rastro más vivo e irrefutable de todos.

Decidió dirigirse hacia la zona más alejada, menos transitada y más calurosa de toda la nave: la sala del reactor. Era un lugar inmenso, lleno de tuberías gruesas que vibraban con el fluir del refrigerante, paneles de control enormes y pesados, rejillas metálicas en el suelo por donde subía el calor intenso del núcleo energético. Allí casi nunca iba nadie, salvo para tareas de mantenimiento rutinarias que se hacían en solitario. Si quería estar tranquilo, pensar y proteger lo que llevaba en su interior, ese era el único sitio posible.

El aire se volvía más denso y cargado cuanto más se acercaba. Las luces pasaron del blanco frío de los pasillos a un tono anaranjado tenue y parpadeante, que proyectaba sombras ondulantes sobre las superficies curvas de los conductos. El zumbido

constante y grave del reactor resonaba en los huesos, una vibración profunda que se sentía más que se escuchaba. Lima llegó hasta una de las columnas de soporte principales, se deslizó lentamente hasta quedar sentado en el suelo metálico, y apoyó la espalda contra el metal caliente, que le transmitía un calor reconfortante y relajante para sus tejidos sensibles.

-Solo un momento -murmuró, cerrando los ojos y dejando que su mano descansara suavemente sobre la zona baja de su traje-. Solo necesito un momento para... entender esto.

No habían pasado ni cinco minutos cuando el silencio fue interrumpido por un sonido de pasos que se acercaban con un ritmo ligero, casi despreocupado, nada que ver con la pesada cautela de los demás tripulantes.

-¡Bueno, bueno, bueno! -exclamó una voz alta, animada y con un deje de aburrimiento que contrastaba brutalmente con la gravedad de la situación-. ¡Mira a quién me encuentro por aquí

escondido! Justo al que nadie veía en el desastre de allá arriba.

Lima abrió los ojos de golpe y levantó la vista. Allí, en la entrada de la sala, apareció Naranja. Su traje del color de los atardeceres estaba impecable, sin una sola mancha ni rasguño, y se movía con una soltura excesiva, casi juguetona, dando pequeños saltitos con los pies al andar y balanceando los brazos.

-¿Qué haces aquí, Lima? -preguntó Naranja, acercándose despacio, arrastrando los pies sobre las rejillas metálicas con un ruido chirriante-. ¡Todos están allá como locos mirando el desastre del ala médica y tú te largas al rincón más caluroso y aburrido de la nave! Eres un caso perdido, ¿sabes? Siempre tan raro y apartado.

Lima intentó ponerse de pie, pero sus piernas le respondieron con lentitud y torpeza. El cambio en su centro de gravedad, sumado a la debilidad crónica de su estructura ósea, hacía que cualquier movimiento brusco fuera un riesgo. Se apoyó con fuerza en la columna detrás de él, sintiendo cómo la pequeña

formación en su espalda se acomodaba con un ligero hormigueo de alerta.

-Solo... me siento mal -mintió, con la voz entrecortada por el miedo y el esfuerzo-. Mi espalda... el síndrome... necesitaba un sitio tranquilo.

-¡Bah, tu espalda siempre es un problema! -se burló Naranja, soltando una carcajada breve y sin gracia, y se detuvo a solo un metro de distancia, plantándose con las manos en la cintura-. Pero no te creas que soy tan tonto, ¿eh? Te vi irte de la zona médica en cuanto sonó la alarma. ¡Zas! Como si te hubieran dado un empujón. Y eso... ¡eso da qué pensar, amigo!

Lima tragó saliva, sintiendo cómo el pánico le subía por la garganta. Naranja no dejaba de sonreír, pero sus ojos se habían vuelto fijos y escrutadores, clavados en la espalda de Lima, recorriendo cada curva y cada pliegue del traje con una atención inquietante.

-¿De qué estás hablando? -preguntó Lima, retrocediendo un poco más hasta que su espalda chocó contra el grueso conducto de refrigeración-. Solo quería descansar. No sé nada de lo que pasó.

-¡Claro que no! -exclamó Naranja, soltando otra risita y sacando de su cinturón una herramienta de mantenimiento: una barra de metal resistente. La hizo girar entre sus dedos con una destreza peligrosa-. Vamos, Lima, no me trates como si fuera un novato despistado. ¡A mí no me engañas! Sé perfectamente lo que intentó Azul, sé lo que estaba buscando... y sé perfectamente con quién se pasó la noche anterior en el ala médica.

El corazón de Lima dio un vuelco tan fuerte que creyó que se le saldría por la boca.

-Tú y él... -continuó Naranja, agitando la herramienta en el aire-. ¡Vaya par de tortolitos! Conozco esta biología. Todo lo importante, todo lo que reciben, todo lo que crece, va a parar ahí atrás. Es el punto clave, el centro de todo. Y tú... ¡tú te estás protegiendo esa zona como si fuera una caja fuerte llena de oro! Divertido recordatorio, Mira no aporta seguro de gestación... -Naranja se detuvo un segundo, su mirada bajó hacia la mano de Lima, que seguía presionando su propia zona lumbar de manera instintiva, y luego volvió a subir hacia el visor ajeno.

El silencio se prolongó de una forma incómoda. La faceta bufonesca y depredadora de Naranja pareció congelarse por un instante. Bajó la herramienta metálica, dejándola colgar a un costado de su pierna, y la risa fingida desapareció de su rostro, reemplazada por una mueca de fastidio genuino, casi burocrático.

-...O bueno, técnicamente sí lo hace -refunfuñó Naranja, su tono cambiando drásticamente a un suspiro de resignación administrativa-. Rayos. Las políticas de Mira HQ, sección de Recursos Humanos, subapartado de Tripulación en Tránsito, código 404-B: "Bajo ninguna circunstancia se permitirá la discriminación, agresión, segregación o baja forzosa de un tripulante en estado de gestación viable comprobada".

Lima se quedó petrificado, parpadeando detrás de su visor, completamente descolocado por el repentino cambio de actitud.

-¿Qué...? -alcanzó a articular.

-¡Que es un fastidio, eso es lo que pasa! -exclamó Naranja, arrojando la barra de metal al suelo con un

tintineo escandaloso y cruzándose de brazos, indignado-. Mira, yo seré un Impostor, me encantará sabotear los reactores y desarmar tripulantes por pura diversión porque me aburro rápido, pero tengo mis principios corporativos. Si la oficina central se entera de que desviví a un tripulante gestante, la auditoría intergaláctica que nos va a caer encima a Verde y a mí va a ser un dolor de cabeza. ¡Nos quitan las comisiones del cuadrante! Las políticas de Mira no respaldan el abordaje de menores, pero protegen la incubación a bordo para evitar demandas de los sindicatos biológicos. Qué burocracia tan ridícula.

Naranja dio un paso al frente, pero esta vez no había una intención asesina en sus movimientos. Con una velocidad sorprendente, tomó a Lima por los hombros y lo obligó a girarse, pegándolo de espaldas contra la columna metálica, pero con cuidado de no presionar la zona lumbar.

-¡Escúchame bien, espaldita blanda! -le siseó Naranja, acercando su visor al de Lima, hablando con una urgencia real-. Tienes que ocultar eso. Ya. Pero de inmediato.

-¿Por qué me ayudas...? -susurró Lima, temblando, sin entender si esto era una tortura psicológica.

-¡Que no te estoy ayudando a ti, estoy salvando mi bono trimestral! -replicó Naranja con frustración-. Pero más te vale cooperar si quieres que esa pequeña cosa que llevas ahí dentro llegue a ver la luz de un sol real. Verde está loco. Completamente desquiciado. Él fue quien se encargó de Azul en el ala médica hace un rato, y déjame decirte que no usa guantes de seda. Y lo peor de todo... ¡Verde estuvo en los conductos anoche!

A Lima se le heló la sangre. El recuerdo de la noche anterior con Azul, la calidez y la entrega en la penumbra del ala médica, se vio súbitamente profanado por la imagen de unos ojos brillantes observándolos desde la oscuridad de una rejilla.

-Él... ¿él nos vio? -la voz de Lima se quebró.

-Lo vio todito. El inicio, el nudo y el desenlace -dijo Naranja, gesticulando exageradamente con las manos-. Está fascinado de una forma muy retorcida. Me mandó a buscarte porque sabe perfectamente lo que tu biología hermafrodita hace cuando recibe una

semilla viable. Si Verde baja aquí y nota que ya empezaste a abultarte, o si te ve caminando erguido como si llevaras un pastel de bodas en la espalda, te va a partir en dos como lo hizo con Blanco en el almacén la semana pasada. A él no le importan las políticas de Mira, ¡es un salvaje sin educación corporativa!

Naranja retrocedió un paso, evaluando la postura de Lima. Con un bufido de insatisfacción, se acercó de nuevo y le dio un empujón firme pero medido en los hombros, obligándolo a encorvarse.

-¡No te pares así! Camina como siempre, como si te doliera hasta el alma. Tu maldito síndrome de hueso blando es tu mejor maldición ahora mismo. Si te encorvas, el pliegue del traje disimula la protuberancia. Y ni se te ocurra volver a tocarte la espalda en público, ¿entendido? Es como llevar un cartel luminoso que dice "¡Miren todos, tengo un embrión!".

Lima, asimilando el shock, asintió rápidamente, acomodando su postura arqueada de siempre,

sintiendo el latido constante y suave en su cavidad dorsal, ahora teñido de un pánico electrizante.

-¿Y qué le vas a decir a Verde? -preguntó Lima, con el hilo de voz que le quedaba-. Si él sabe... si te mandó a deshacerte de mí...

Naranja sonrió detrás de su visor, recuperando su tono ligero y burlón, aunque con una chispa de astucia calculadora.

-¡Ay, por favor! ¿Quién es el rey del engaño en esta nave? Yo. Le diré que bajé, te investigué, te hice un escaneo visual de rutina mientras estabas distraído y que diste negativo. Le diré que tu anatomía rechazó la semilla o que el estrés del viaje te arruinó el ciclo. Verde es una masa de músculos y tentáculos, no sabe nada de embriología molecular comparada; se lo va a tragar completo si se lo digo con suficiente aburrimiento.

Naranja se agachó, recogió su herramienta de metal del suelo y se la guardó en el cinturón. Luego, le dio una palmadita intencionalmente brusca a Lima en el hombro, haciéndolo tambalear un poco para mantener las apariencias.

-Ahora, quédate aquí unos diez minutos más. Pon cara de que te estás desmayando por el calor del reactor para que si Morado o Rojo bajan, tengan una excusa perfecta para tu ausencia. Yo iré arriba a contarle mi cuento de hadas a Verde. Y recuerda, Lima... encorvado, quejándote y sin mirar a nadie a los ojos. Si sobrevives a esto y Mira HQ me da mi bono por "Cero incidentes con personal gestante", me vas a deber la vida.

Sin esperar respuesta, Naranja se dio la vuelta, comenzó a tararear una melodía alegre y completamente desalineada con la tensión de la nave, y salió de la sala del reactor con su habitual paso ligero y despreocupado.

Lima se quedó solo en la inmensidad calurosa de la sala. Llevó una mano a la columna metálica para sostenerse, sintiendo el sudor frío correr por el interior de su traje. Con un esfuerzo supremo de voluntad, bajó su mano libre, resistiendo el impulso de acunar su espalda baja. Miró hacia las rejillas del suelo, donde el calor seguía subiendo en ondas distorsionadas, y respiró hondo.

Azul ya no estaba. La nave era un nido de monstruos. Pero en medio de ese horror, amparado de la forma más bizarra por la burocracia de sus propios verdugos, el pequeño latido en su interior continuaba. Tenía que esconderse a plena vista. Tenía que sobrevivir.

[...]

Un rato después, cuando la alerta general por el hallazgo del cuerpo de Azul se había enfriado y la tripulación se encontraba dispersa vigilando los pasillos en un estado de paranoia colectiva, Naranja se escabulló con su habitual paso relajado hacia el sector de los motores inferiores. Sabía perfectamente dónde encontrar a su socio.

Al adentrarse en el pasillo de acceso secundario, una de las rejillas del techo cayó con un golpe seco pero amortiguado. De la oscuridad del conducto emergió Verde. Sus extremidades biológicas aún se retraían bajo el traje, y el visor reflejaba una impaciencia sombría y pesada.

-¿Y bien? -siseó Verde, su voz distorsionada resonando con una vibración gutural-. Tardaste

demasiado en el reactor. Supongo que el desecho de la espaldita blanda ya está drenándose por las rejillas de ventilación.

Naranja se detuvo, se apoyó de espaldas contra la pared metálica con total desparpajo y se cruzó de brazos, soltando un suspiro exagerado que denotaba un aburrimiento puramente administrativo.

-¡Ay, compi, no me lo vas a creer! -exclamó Naranja, agitando una mano en el aire-. Falsa alarma. Bajé, lo acorralé contra una columna caliente, le hice un escaneo visual e histológico de rutina con mis propios ojos y... nada. Niente. Cero. Tu maravillosa teoría de la gestación instantánea se fue por el caño. Resulta que su anatomía defectuosa rechazó la semilla de Azul. El pobre Lima solo tenía un espasmo muscular por su síndrome crónico y el estrés de ver a su novio desarmado. Está limpio.

El silencio que siguió fue denso y cortante. Verde dio un paso al frente, y la atmósfera del pasillo pareció descender varios grados. Detrás de su visor, las luces de sus ojos orgánicos brillaron con una furia fría que rápidamente se transformó en pura incredulidad.

-¿Qué estás diciendo? -la voz de Verde subió de tono, perdiendo su habitual control-. ¡Yo lo vi, Naranja! Estuve en la rejilla superior del ala médica. Vi cómo se unieron, vi la respuesta celular de su cavidad dorsal, vi cómo los pliegues se sellaron para retener el material genético de Azul. Esa especie no falla cuando la unión es completa. ¡Me estás mintiendo!

-¡Oye, baja las revoluciones! -protestó Naranja, separándose de la pared y plantándose con las manos en la cintura-. ¿Por qué te mentiría? Sabes que me encanta romper cosas cuando me aburro. Pero fui ahí abajo, toqué la zona y no había ninguna protuberancia viable. El tejido estaba flácido, vacío. Probablemente el calor del reactor o el susto le arruinaron el proceso molecular. Cosas de la biología de bajo presupuesto, tú ya sabes.

-¡ERES UN IDIOTA, NARANJA! -estalló Verde por completo. El grito fue un rugido distorsionado que hizo vibrar las tuberías de refrigeración del pasillo. Avanzó un paso más, alzando sus extremidades superiores, cuyas costuras del traje amenazaban con romperse por la presión de los músculos alienígenas

que se inflaban de rabia-. ¡LO DEJASTE VIVIR! ¡TENÍAS QUE MATARLO! ¡TENÍAS QUE DESTROZAR ESE PROYECTO DE VIDA ANTES DE QUE EMPEZARA!

Naranja ni se inmutó ante el despliegue de poder, aunque dio un pequeño paso lateral para mantenerse fuera del alcance de los tentáculos ocultos.

-¡A mí no me grites, masa de gelatina violenta! -le devolvió el grito Naranja, señalándolo con el dedo índice de forma acusadora-. Te recuerdo que, antes que impostores y depredadores espaciales, somos personal contratado bajo el marco legal de Mira HQ. ¿Tienes alguna idea de lo que dice el subapartado de Recursos Humanos, sección Código 404-B? "Bajo ninguna circunstancia se permitirá la baja forzosa de un tripulante en estado de gestación viable o bajo sospecha institucional de incubación". ¡Si eliminamos a un gestante a bordo, la auditoría intergaláctica nos va a desollar vivos! ¡Nos quitan el bono trimestral de este cuadrante y nos congelan las comisiones de sabotaje!

-¡¿QUÉ ME IMPORTAN A MÍ TUS MALDITOS BONOS CORPORATIVOS?! -rugió Verde, golpeando la pared de metal con el puño, dejando una abolladura visible-. ¡Somos una especie superior! ¡Vinimos a consumir, a limpiar la nave, a erradicarlos a todos! Azul ya no puede hablar, Blanco está partido en dos en el almacén, ¡y tú dejas que el rastro más vivo de esa tripulación siga caminando por los pasillos por miedo a una oficina de Recursos Humanos!

-¡Pues deberías tenerle miedo, porque el sindicato biológico de Mira no juega limpio! -replicó Naranja, cruzándose de brazos con indignación-. Prefiero lidiar con diez reuniones de emergencia antes que con un inspector fiscal de la federación revisando por qué el conteo de bajas incluye material genético en desarrollo sin declarar. Además, ya te lo dije: el escaneo dio negativo. No hay embrión, no hay rastro, no hay peligro. Lima solo es una espaldita blanda asustada que apenas puede mantenerse en pie. Si lo desvives ahora por pura paranoia, vas a levantar sospechas con Morado y Rojo, y entonces sí que nos van a tirar a los dos por la escotilla de expulsión.

¿Eso es lo que quieres? ¿Arruinar toda la partida por un capricho biológico?

Verde respiró de forma acelerada, el sonido de su respirador mecánico mezclándose con un gruñido gutural de frustración extrema. Sus tentáculos se agitaron espasmódicamente bajo la tela del traje, ansiosos por salir y destrozar algo, pero las palabras de Naranja, aunque impregnadas de una frivolidad corporativa ridícula, tenían una lógica táctica que no podía ignorar. Si actuaban con demasiada torpeza, la tripulación restante los descubriría antes de tomar el control total de The Skeld.

-Si me entero... -amenazó Verde, acercando su visor a escasos centímetros del de Naranja, con una voz que volvió a ser un susurro helado y letal-, si me entero de que esa cosa sigue creciendo ahí dentro, si veo un solo indicio de que me mentiste para salvar tus estúpidas comisiones, los voy a partir en dos a ti y a ese engendro. Y no habrá política corporativa en esta galaxia que pueda salvarte.

-¡Ay, qué dramático eres! Siempre viendo conspiraciones en todos lados -se burló Naranja,

recuperando instantáneamente su sonrisa falsa y dando un saltito hacia atrás-. Relájate, compi. Todo está bajo control. Sigue vigilando los conductos, haz tus ruidos aterradores y déjame a mí la diplomacia. Voy a la cafetería a fingir que me importa la muerte de Azul. ¡Nos vemos en el próximo sabotaje!

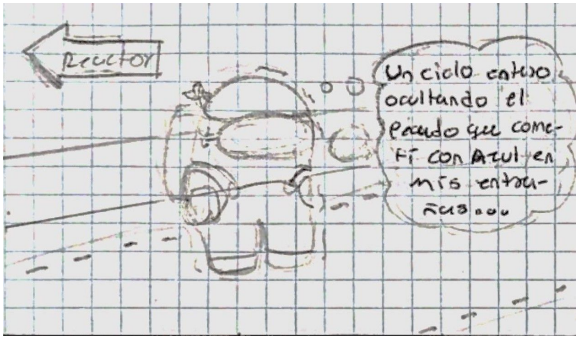
Naranja se dio la vuelta y se alejó por el pasillo, tarareando alegremente como si no acabara de salvar una vida por motivos puramente monetarios. Verde se quedó solo en la penumbra. Miró hacia el conducto del techo, luego hacia el pasillo que llevaba al reactor. Una sospecha persistente seguía quemándole el interior. Sabía lo que había visto en el ala médica. Sabía de lo que era capaz esa biología. Con un siseo de pura rabia contenida, se impulsó hacia la rejilla de ventilación, desapareciendo en la oscuridad del techo, decidido a no quitarle los ojos de encima a Lima.

Secretos Del Ala Medica [blime/among | us one shot]

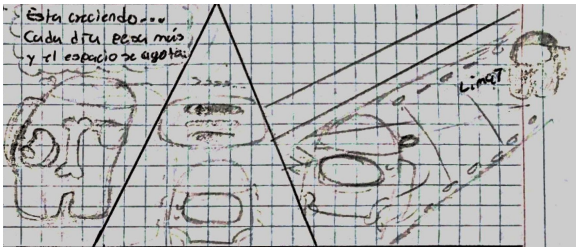
Ya dejen de andar chillando, ahí esta el ***What If*** .

Chapter 4

Mini Cómic Pt 1

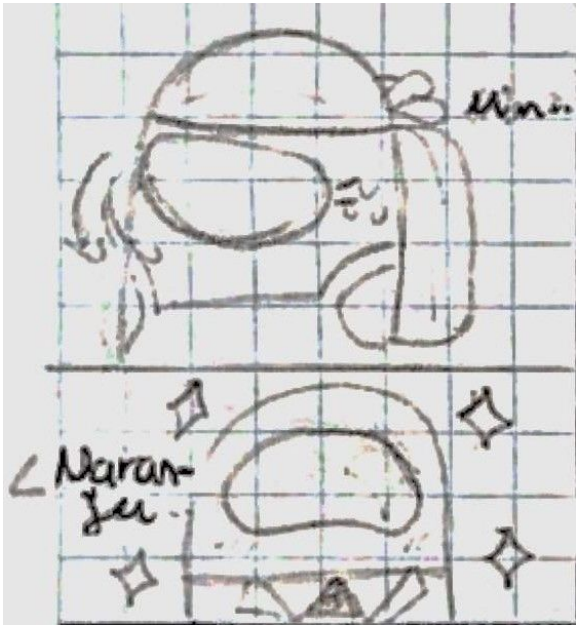


Lima - un ciclo entero ocultando el pecado que cometí con Azul en mis entrañas.

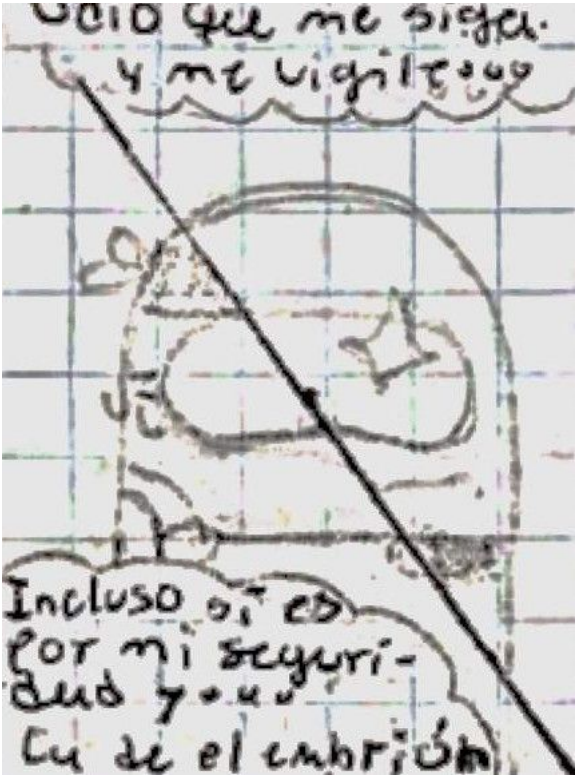


Lima - esta creciendo...
Cada día pesa más y el espacio se agota.

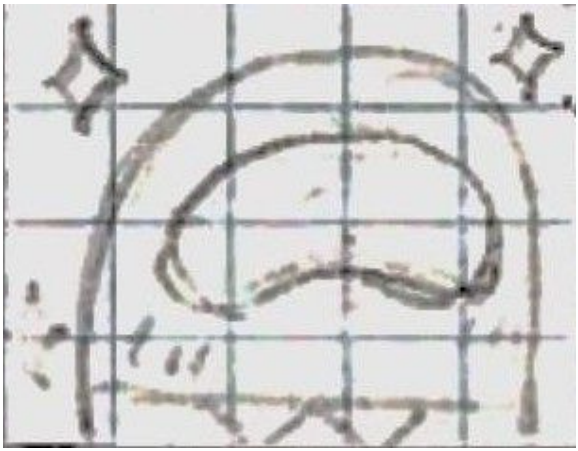
? - ¿Lima?

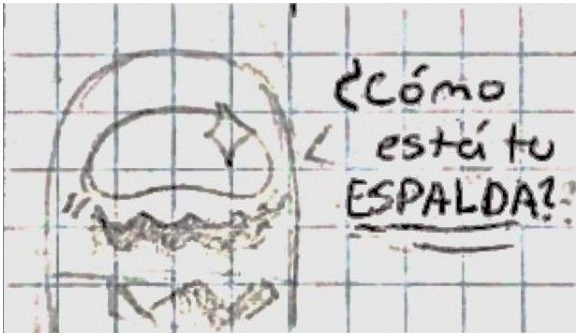


Lima - Naranja.

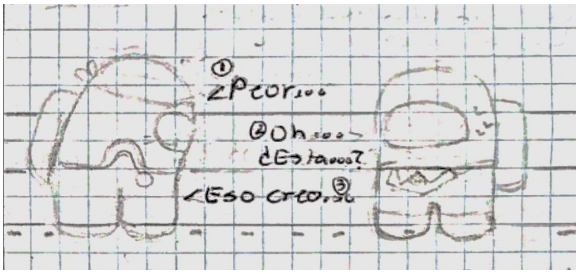


Lima pensamiento - Odio que me siga y me vigile. Incluso si es por mi seguridad y... La de el embrión.





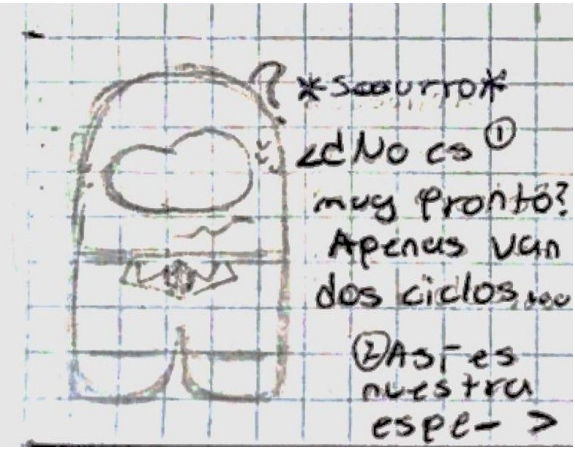
Naranja - ¿Cómo está tu ESPALDA?



Lima - Peor...

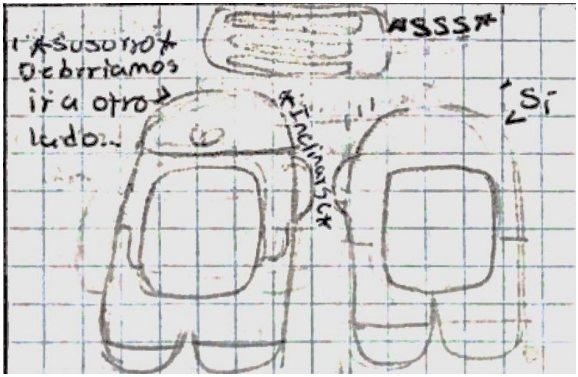
Naranja - Oh...
¿Esta?

Eso creo...



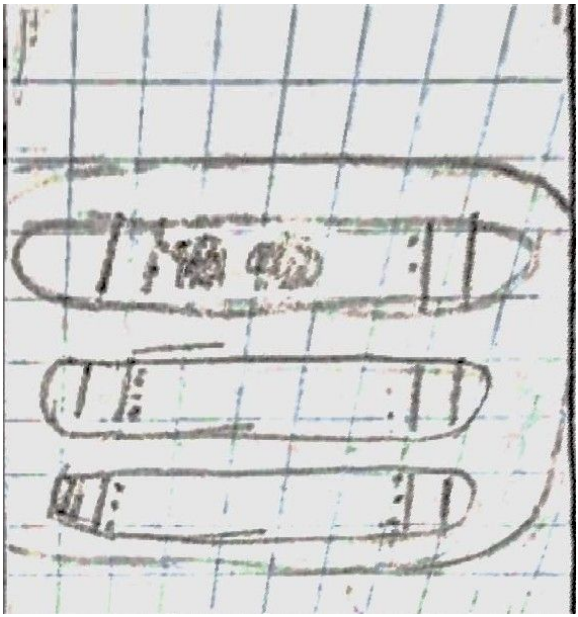
Naranja - ***Susurro*** ¿No es muy pronto? Apenas van dos ciclos.

Lima - Así es nuestra espe-



Lima - ***Susurro*** Deberíamos ir a otro lado...

Naranja - Sí



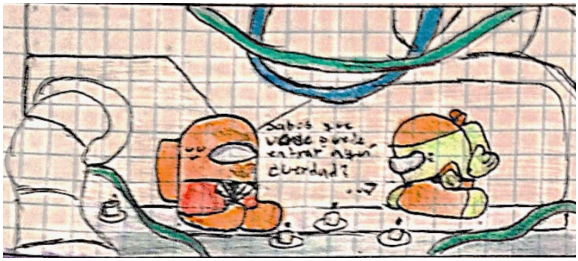
Continuará...

Ya me dio hueva pasarlo a digital, se aguantan.

Secretos Del Ala Medica [blime/among | us one shot]

Chapter 5

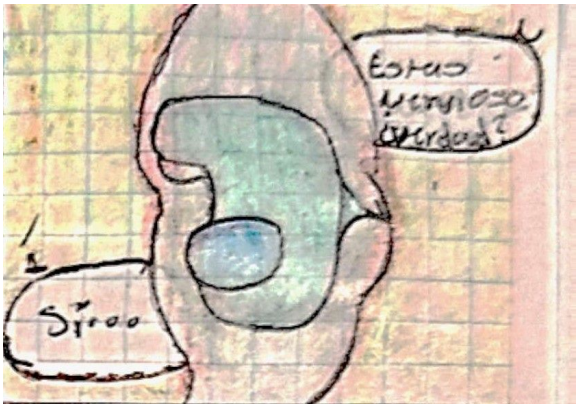
Mini Cómic Pt 2



Naranja - sabes que Verde puede entrar aquí, ¿verdad?

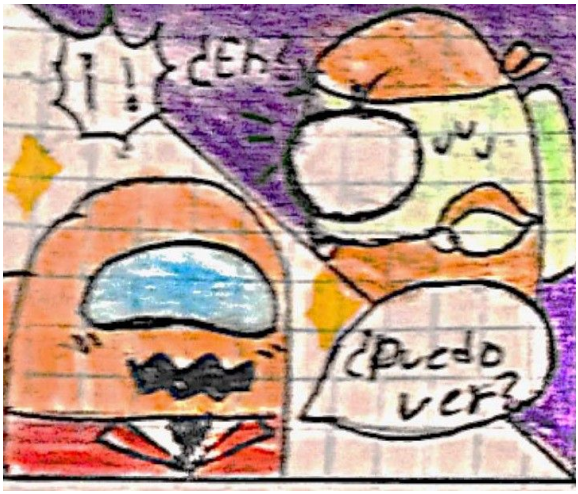
... - Lima

Lima - no falta mucho para que salga.



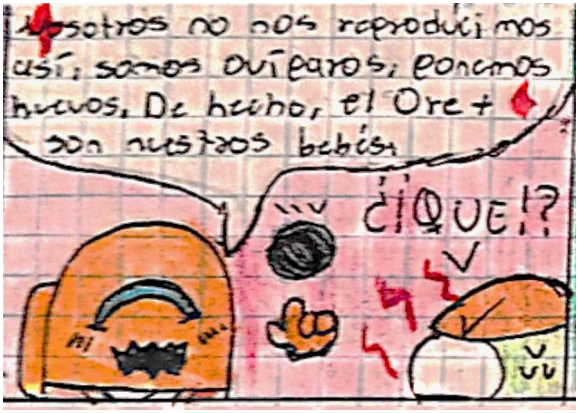
Estás nervioso. ¿Verdad? - Naranja

Lima - sí.



Naranja - ¿Puedo Ver?

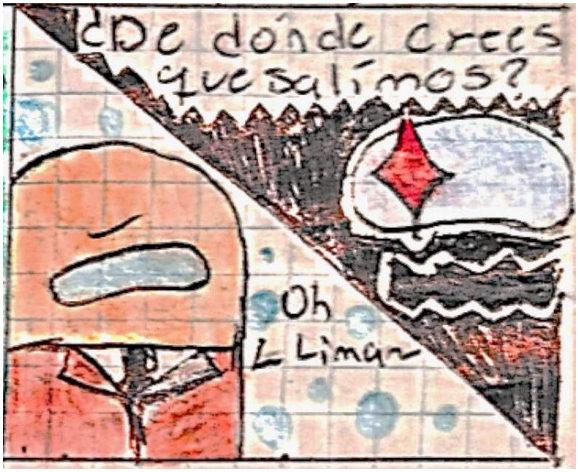
¿Eh? - Lima



Naranja - Nosotros no nos reproducimos así, somos ovíparos, ponemos huevos. De hecho, el Ore+ son nuestros bebés.

Lima - ¿¡QUÉ!?

Lima - ¿¡Estamos transportando sus HUEVOS!?



Naranja - oh Lima~

¿De donde crees que salimos?

ACTUALIZACIÓN.

Y a color plebes.

About the Author

Bleed_gore